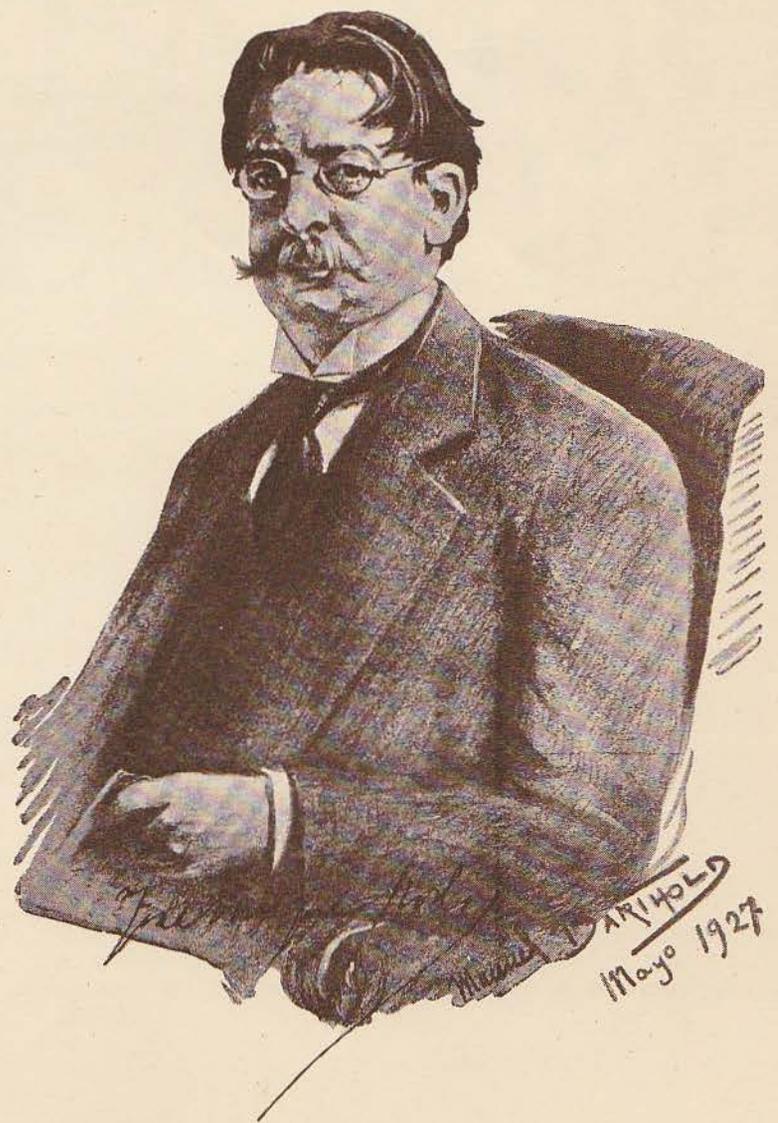


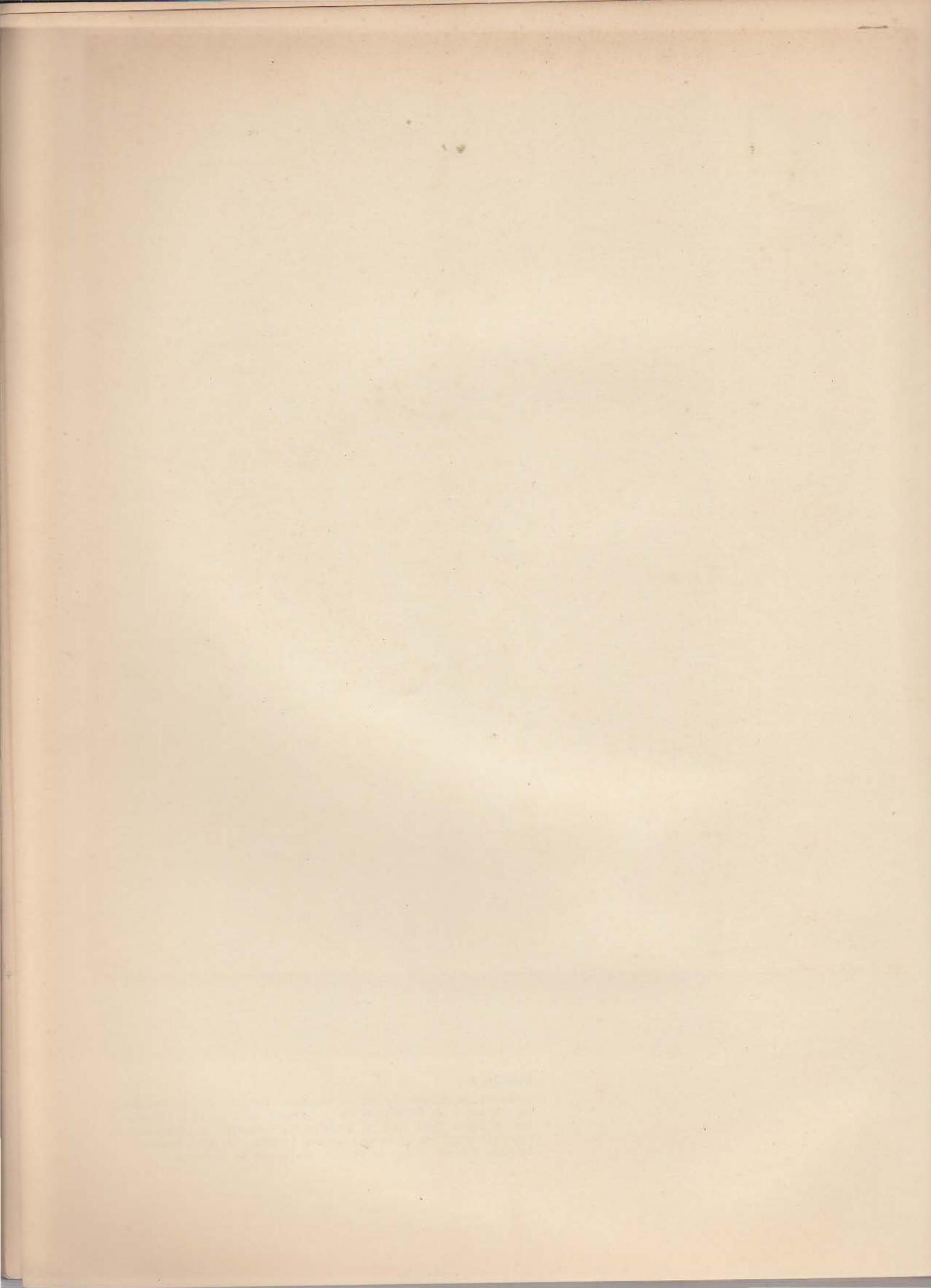
JOSE  
ENRIQUE  
RODO

EL  
CENTENARIO  
DE CHILE





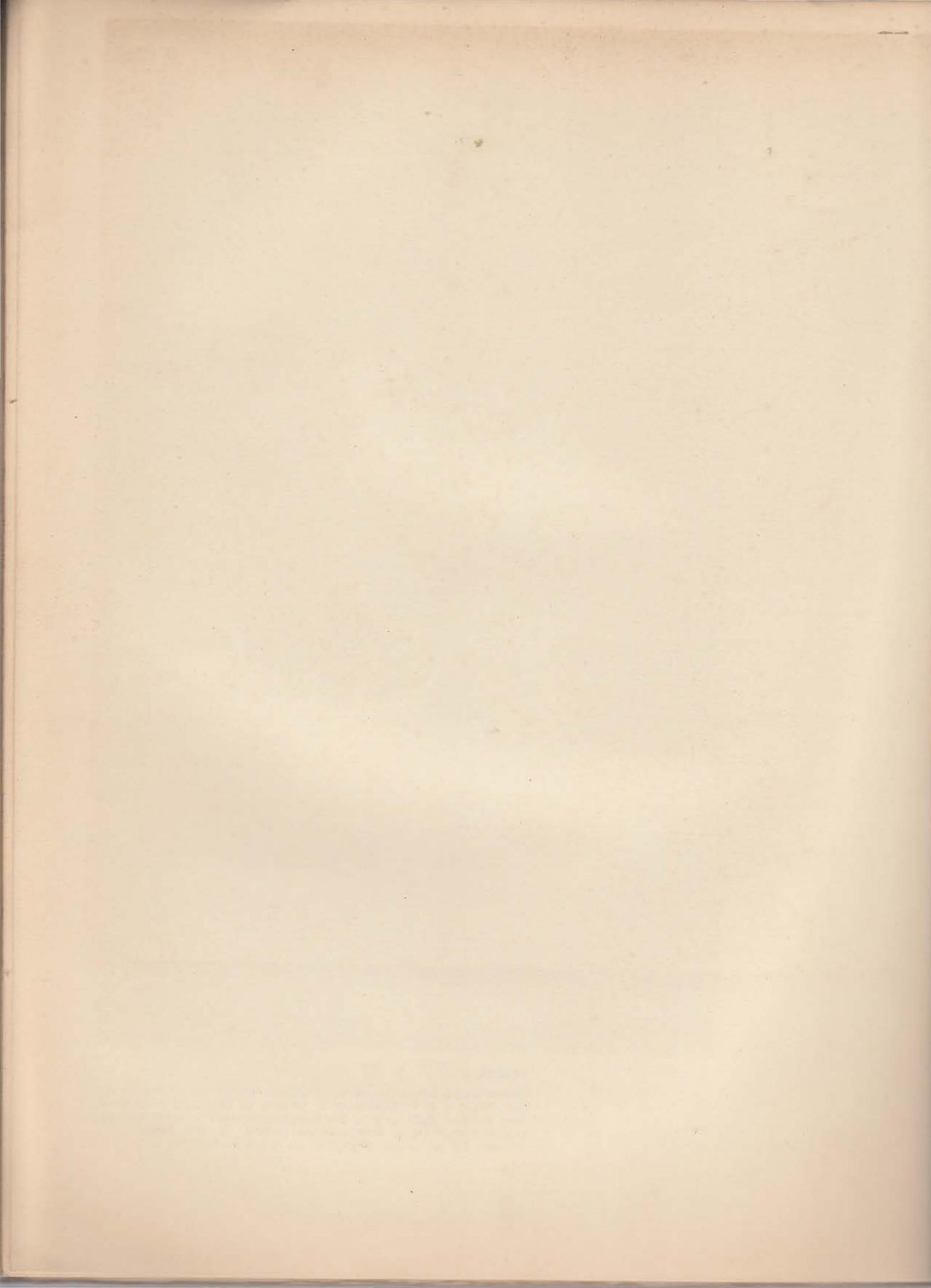




JOSE  
ENRIQUE  
RODO

EL  
CENTENARIO  
DE CHILE

Discurso pronunciado, en representación del Uruguay, en la sesión solemne celebrada por el Congreso chileno, durante las fiestas del Centenario, el 17 de Setiembre de 1910.



# PROLOGO

El americanismo de José Enrique Rodó es uno de los aspectos más trascendentes de su ideario, uno de los mirajes que concitó la ardida atención, la permanente vigilia, a través de su obra entera.

Recibe las formulaciones iniciales por la última década del siglo XIX, en las páginas que Rodó publicó en **La Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales** (1895-1897), las que constituyen el temprano despertar de su conciencia hispanoamericana; y, paralelamente, en las cartas que por los mismos años enviara a calificados intelectuales de habla hispana, cuyos borradores se conservan en el Archivo Rodó de la Biblioteca Nacional de Montevideo. El gran problema que el escritor advertía en esta primera etapa de su acción propagandística, y que hacía ilusoria toda tentativa de comunidad en el plano del espíritu (paso previo y necesario para el triunfo de la unidad política que soñara Bolívar), es —como lo expresa en una carta publicada en la **Revista** bajo el título **Por la Unidad de América**— el “desconocimiento de América por América misma”

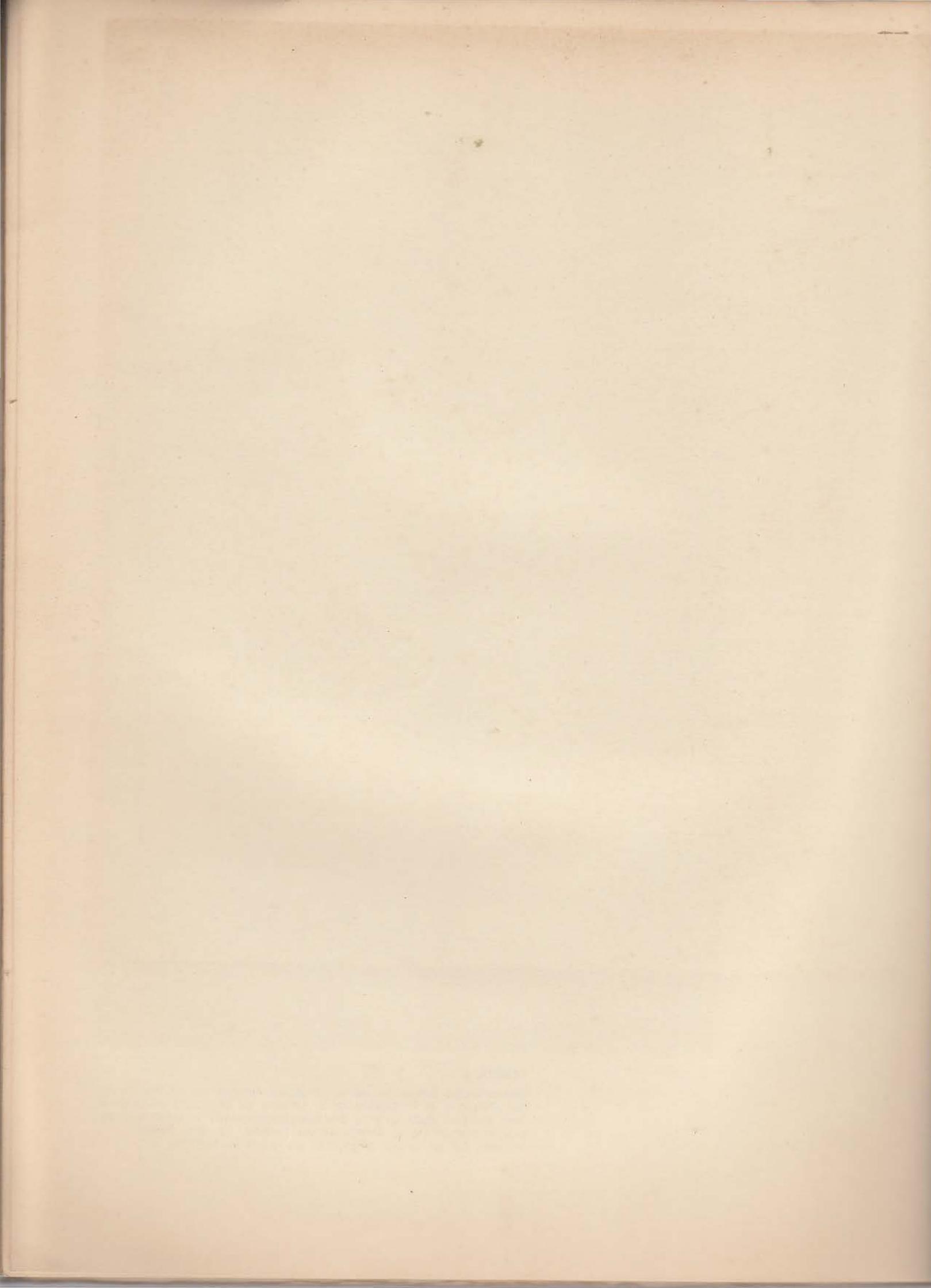
En los años siguientes, que serán los de la producción mayor del escritor, nuevas piezas aportarán desarrollos progresivos, llevando a las últimas consecuencias esos planteos augurales que podrían parecer excesivamente limitados a la realidad literaria o cultural, aun cuando en varios de ellos asomen referencias a la “patria común”. **Ariel**, el libro de 1900 que lanzó a Rodó a la atención de todo el Continente, está pensado en una dimensión americanista (no en balde lo dedicó “a la juventud de América”). Hay luego una serie de textos que se escalonan a lo largo de los primeros años del siglo (muchos fueron recogidos en **El Mirador de Próspero**, 1913) y hasta prácticamente la víspera de la muerte; en ellos pueden encontrarse las manifestaciones esenciales del ideario americanista de José Enrique Rodó.



Pensaba Rodó (y la frase pertenece al ensayo sobre el ecuatoriano Montalvo) que "sólo han sido grandes, en América, aquéllos que han desenvuelto, por la palabra o por la acción, un sentimiento **americano**". La forma de su propia grandeza el escritor uruguayo la logra, como no podía ser de otro modo, por la palabra. Y seguramente que, para ello, ninguna oportunidad le fue más propicia que la que se le presentó el 17 de setiembre de 1910 cuando, desde la tribuna continental que significó la celebración del Centenario en la sesión solemne del Congreso de Chile, pronunció el más famoso de sus discursos, vibrante y admirable síntesis de su pensamiento americanista.

Don Juan Zorrilla de San Martín, el Poeta de la Patria, que también integraba la delegación oficial enviada por el Uruguay a las fiestas chilenas, ha registrado, en su oración fúnebre **Ante el féretro de Rodó**, el efecto que provocara el discurso: "Yo puedo y debo repetir lo que yo mismo oía, lo que oían mis propios oídos, cuando, en el desfile, en medio de aquel pueblo, de otras dignas y suntuosas embajadas, pasaba la nuestra menos numerosa... Es la embajada del Uruguay,— decían los hombres y las mujeres... ¿Cuál es Rodó? ¿Cuál es Rodó? No era de reconocerse, en verdad, bajo la envoltura de aquel cuerpo que parecía esconderse en sí mismo; pero bien lo reconocieron, señores, bien supieron cuál era Rodó, cuando, en la tribuna de aquel parlamento, el representante del Uruguay pronunció aquella magistral oración que conocemos, y que fue la nota más alta en aquel concierto de voces americanas, todas altas y todas perdurables".

En la introducción del discurso, Rodó lamenta la carencia de las necesarias dotes oratorias por cuanto, en la solemnidad de las celebraciones del Centenario de Chile, la suya debiera ser "voz de un pueblo". Se inicia entonces la parte medular del discurso, la referida a las celebraciones continentales del



“centenario de la América Española”, o, lo que es lo mismo el centenario de la revolución hispanoamericana dotada de indiscutible unidad, en tanto el destino histórico de esa revolución fue “traer a la faz de la tierra una perenne armonía de pueblos vinculados por la comunidad del origen, de la tradición, del idioma, de las costumbres, de las instituciones; por la contigüidad geográfica, y por todo cuanto puede servir de fundamento a la unidad de una conciencia colectiva”.

Sostiene Rodó que las nuevas generaciones pueden hacer, frente a las que crearon la América libre, dos afirmaciones sustanciales, siendo la primera de ellas que Hispanoamérica “empieza a existir para la conciencia universal”. La atención y el interés del mundo son concitados por “el brío y la pujanza de su desenvolvimiento material” que, si bien no es logro suficiente ni definitivo, es sí cimiento y raíz que sostendrá la futura grandeza de la Patria Americana. Esta primera afirmación Rodó la condensa en dos frases paralelas en que la felicidad expresiva se dobla con el agudo tono optimista que caracteriza al discurso entero: “Eramos, hasta ayer, poco más que un nombre geográfico; empezamos a ser una fuerza. Eramos una promesa temeraria; empezamos a ser una realidad”.

La conciencia de la unidad de destino de los pueblos hispanoamericanos, es la segunda afirmación. Y esa unidad de destino conlleva la certificación de “la inquebrantable solidaridad que radica en lo fundamental de su pasado y se extiende a lo infinito de su porvenir”, y que se objetiva en manifestaciones diversas pero tendientes todas ellas a la misma finalidad: “Congresos que se reúnen, vías férreas que se tienden de nación a nación, litigios que se resuelven, vínculos intelectuales que se estrechan”.

Sobre la mitad de la pieza oratoria, ésta alcanza su climax significativo en dos párrafos de fuerte contenido



emocional que resumen de modo inmejorable las esencias del pensamiento americanista de Rodó: "Yo creí siempre que en la América nuestra no era posible hablar de muchas patrias, sino de una patria grande y única; yo creí siempre que si es alta la idea de la patria, expresión de todo lo que hay de más hondo en la sensibilidad del hombre: amor de la tierra, poesía del recuerdo, arrobamientos de gloria, esperanza de inmortalidad, en América, más que en ninguna otra parte, cabe, sin desnaturalizar esa idea, magnificarla, dilatarla; depurarla de lo que tiene de estrecho y negativo, y sublimarla por la propia virtud de lo que encierra de afirmativo y de fecundo; cabe levantar, sobre la patria nacional, la patria americana, y acelerar el día en que los niños de hoy, los hombres del futuro, preguntados cuál es el nombre de su patria, no contesten con el nombre de Brasil, ni con el nombre de Chile, ni con el nombre de Méjico porque contesten con el nombre de América". Y reafirma de inmediato: "Toda política internacional americana que no se oriente en dirección a ese porvenir y no se ajuste a la preparación de esa armonía, será una política vana o descarriada".

Todavía dentro de esta segunda parte del discurso, se extiende Rodó sobre el compromiso de América frente a la Europa civilizadora, compromiso cuyo cumplimiento impedirá seguir siendo colonias en el espíritu: encarnar en la realidad las ideas de libertad y de justicia. Y como confirmación del milagro realizado (expandir por todo un continente las formas de la democracia y de la república) hay un milagro a realizar que consiste en lograr "una armonía internacional fundada en el acuerdo de los intereses de todos por el respeto leal de los derechos de cada uno".

Adviene de inmediato la referencia concreta al Centenario de Chile que se centra en dos ideas de cuño específicamente rodoniano, ideas que habían encontrado amplio y moroso desarrollo en el reciente



**Motivos de Proteo:** energía y voluntad. Distingue Rodó entre el anhelo de libertad, fuerza instintiva, y la conquista de esa libertad que es la energía del instinto. Pero lo difícil y verdaderamente superior es el mantenimiento y el arraigo de la libertad conquistada. Descubre asimismo dos géneros de voluntad: la heroica, que gana batallas, y "la voluntad que construye, que organiza, que educa, que siembra, que legisla, que gobierna", ese modo supremo de la voluntad que permite edificar naciones y respecto del cual reconoce el paradigma y la maestría de Chile.

Y dice: "Vuestra historia es una gran lección de energía y de trabajo. Vuestro desenvolvimiento nacional tiene la ascensión graduada y armoniosa de una amplia curva arquitectónica; la serena firmeza de una marcha de trabajadores en la quietud solemne de la tarde. Diríase que habéis sabido transportar a los rasgos de vuestra fisonomía moral ese mismo carácter de austera y varonil grandeza que el viajero siente imponerse a su ánimo, en la contemplación del aspecto y la estructura de vuestro suelo: férreamente engastado entre la majestad de la montaña y la majestad del mar; sellado por la expresión de la energía, más que por la expresión de la abundancia, de la voluptuosidad o de la gracia".

El discurso concluye con una brillante imagen, la de la estrella de Chile, estrella que, dotada de su propio resplandor, se concerta en la gran constelación hispanoamericana, la que deberá mantener "para la humanidad de los futuros tiempos, un orden mejor, más bello, más grande, que los que el mundo ha visto formarse y disolverse en el desenvolvimiento de los siglos".

La última página que al tema hispanoamericano dedicó José Enrique Rodó bien puede presentarse como el colofón a este discurso del Centenario de Chile, como su adecuado complemento.

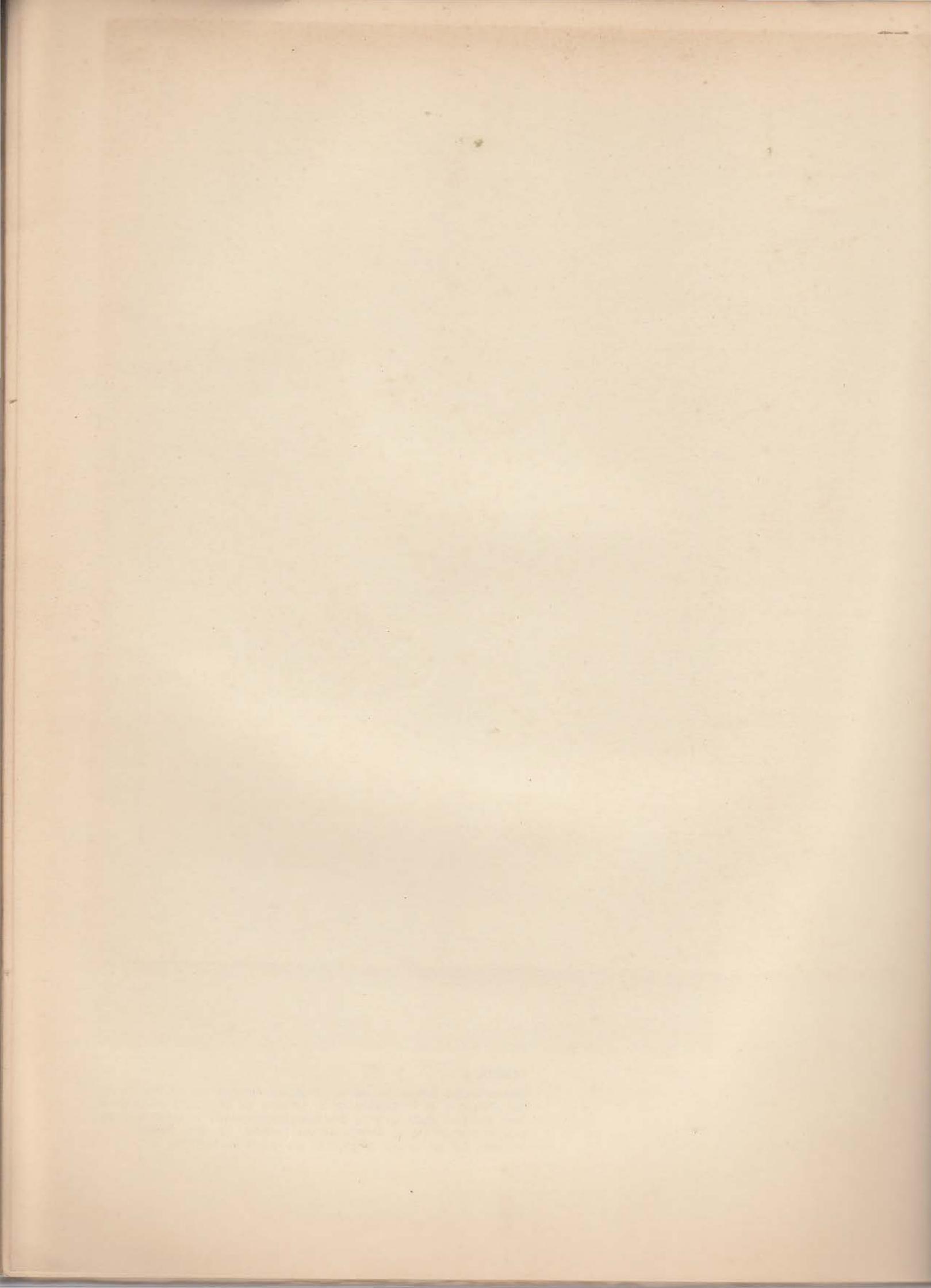


Corría el mes de diciembre de 1916. Rodó, desde Roma, envía a la revista argentina **Caras y Caretas** una de sus correspondencias de viaje, de ese viaje a las fuentes de la cultura occidental que emprendiera en julio de ese año y que sería, finalmente, el viaje hacia la muerte. Se titula **Al Concluir el año**, y es algo así como el testamento americanista, el texto en que fija para siempre su apasionada meditación de largos años sobre el destino de América.

Comienza reiterando, pero ahora con la perspectiva que le da la distancia, la convicción de la unidad de Hispanoamérica que, dice, es "para la mirada europea (...) una sola entidad, una sola imagen, un solo valor". Comprueba el "hecho fundamental y trascendente (...) de que somos esencialmente 'unos' (...) y de que lo seremos aún más en el futuro, hasta que nuestra unidad espiritual rebose sobre las fronteras nacionales y prevalezca en realidad política". Y si alguien le preguntara, si una voluntad juvenil lo interrogase sobre el mensaje que para sus lejanas y "dulces tierras de Occidente" deseaba enviar al terminar el año, el maestro de **Ariel** dejaría en estas palabras la cifra de su pensamiento americanista, la consigna generosa, pero también severa y exigente, de su quehacer de americano:

"Formar el sentimiento hispanoamericano; propender a arraigar en la conciencia de nuestros pueblos la idea de América nuestra, como fuerza común, como alma indivisible, como patria única. Todo el porvenir está virtualmente en esa obra. Y todo lo que en la interpretación de nuestro pasado, al descifrar la historia y difundirla; en las orientaciones del presente, política internacional, espíritu de la educación, tienda de alguna manera a contrariar esa obra, o a retardar su definitivo cumplimiento, será error y germen de males; todo lo que tienda a favorecerla y avivarla, será infalible y eficiente verdad".

"Fuerza común", "alma indivisible", "patria única",



suenan como los tres acordes coronarios del ideario americanista de José Enrique Rodó, ideario que inició su transcurrir en los años juveniles de **La Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales**, que orientó la prédica de Próspero en **Ariel** y que alcanzó, desde la majestuosa tribuna chilena y en los aires celebratorios del Centenario de la Revolución, el sazonado y armónico equilibrio de sentimiento e idea.



# TESTIMONIOS DOCUMENTALES

1. En el mes de setiembre de 1910, la República de Chile celebró solemnemente el centenario de los hechos históricos que inauguraron su independencia nacional. La conmemoración tuvo dimensiones continentales, y, a través de sus representantes, los países de las tres Américas estuvieron presentes en las ceremonias y festejos realizados. El Uruguay, por supuesto, no fue ajeno a esta fiesta de confraternidad americana. El Presidente de la República, Dr. Claudio Williman, designó, por decreto de 1º de setiembre de 1910, una delegación para representar al país en los actos conmemorativos chilenos. La misma quedó integrada, según dispuso el decreto, por don José Arrieta, Ministro Plenipotenciario ad-honorem, por el Dr. Juan Cuestas, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República en Chile, por el Teniente Coronel don Jaime F. Bravo, Jefe de Estudios de la Escuela General Militar y Escuela Naval, y por dos de las figuras de máxima jerarquía de la intelectualidad uruguaya: Juan Zorrilla de San Martín y José Enrique Rodó, a quien le correspondió hablar, en nombre del pueblo y del gobierno uruguayos, en la **Sesión Solemne** celebrada por el **Congreso Chileno** el 17 de setiembre de 1910. Sus palabras tuvieron, de inmediato, resonancia americana. Desde el momento en que fue pronunciado, el discurso de José Enrique Rodó ha sido estimado como un hito fundamental del pensamiento americanista de su autor, quien, tres años después, lo incluyó, con el título **El centenario de Chile**, en su libro **El mirador de Próspero** (José María Serrano, Montevideo, 1913).

2. En el **Archivo "José Enrique Rodó"**, que se custodia en el Departamento de Investigaciones — Sección Literatura Uruguaya— de la Biblioteca Nacional (Montevideo, Uruguay), se conserva un importante conjunto de testimonios documentales relacionados con la elaboración del citado discurso de José Enrique Rodó y con la presencia de la delegación uruguaya en los actos realizados en



Chile en sus **Fiestas del Centenario**. Los documentos que se reproducen facsimilarmente en esta publicación integran ese conjunto. Algunos de estos documentos —láminas I a VII— se relacionan con la elaboración del discurso pronunciado en el **Congreso Chileno** por el autor de **Ariel**, y otros —láminas VIII a XII— con diversos aspectos, privados u oficiales, del viaje de la delegación uruguaya al hermano país trasandino. De estos segundos, nada es preciso agregar aquí. Sobre los primeros, conviene señalar que son borradores o apuntes manuscritos de José Enrique Rodó, que, en unos casos, pasaron, con variantes, al texto definitivo, y, en otros, fueron desechados en la fase final de la elaboración. En ambos casos, constituyen indicios importantes del proceso de gestación conceptual y estilístico del discurso.

3. La presencia de José Enrique Rodó y Juan Zorrilla de San Martín en las **Fiestas del Centenario Chileno** tuvo ecos perdurables. Cinco años más tarde, en octubre de 1915, el gobierno chileno confirió a ambos la **Medalla "Al Mérito" de Primera Clase** en recuerdo de su actuación en las indicadas festividades. Así lo testimonia la nota cursada, con fecha 22 de octubre de 1915, por la **Legación de Chile** acreditada en el Uruguay al Ministerio de Relaciones Exteriores uruguayo. La transcripción de dicha nota a José Enrique Rodó, realizada por el citado Ministerio, se conserva en el archivo del escritor. Debe recordarse aquí que, pocos días después del discurso de José Enrique Rodó en el **Congreso Chileno**, Juan Zorrilla de San Martín pronunció otro, el 21 de setiembre de 1910, con motivo de la inauguración del **Palacio de Bellas Artes** de Santiago de Chile.

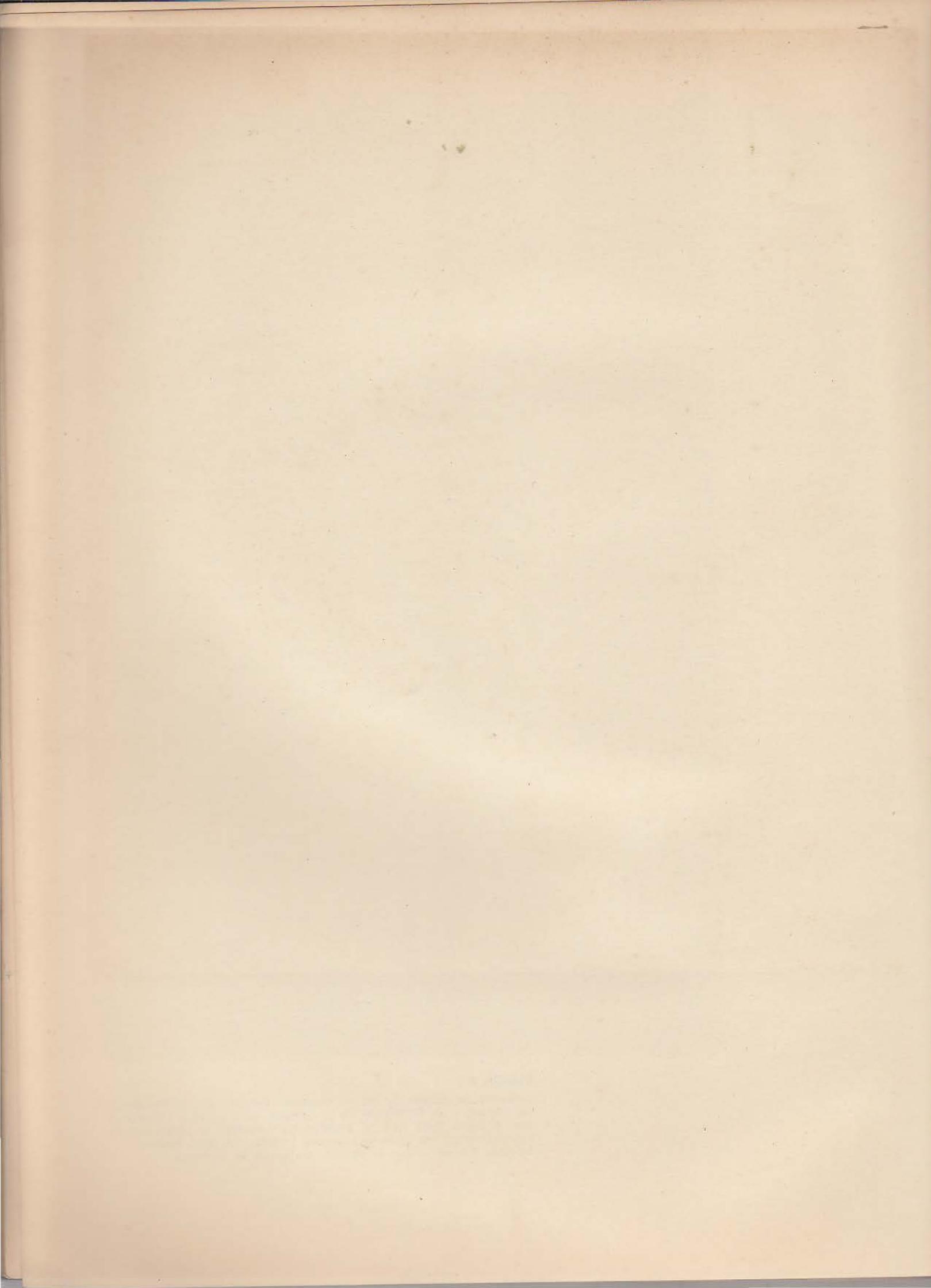
4. El mencionado **Archivo "José Enrique Rodó"** está constituido en su casi totalidad por materiales donados por los herederos del ilustre escritor uruguayo. Los documentos cuya reproducción



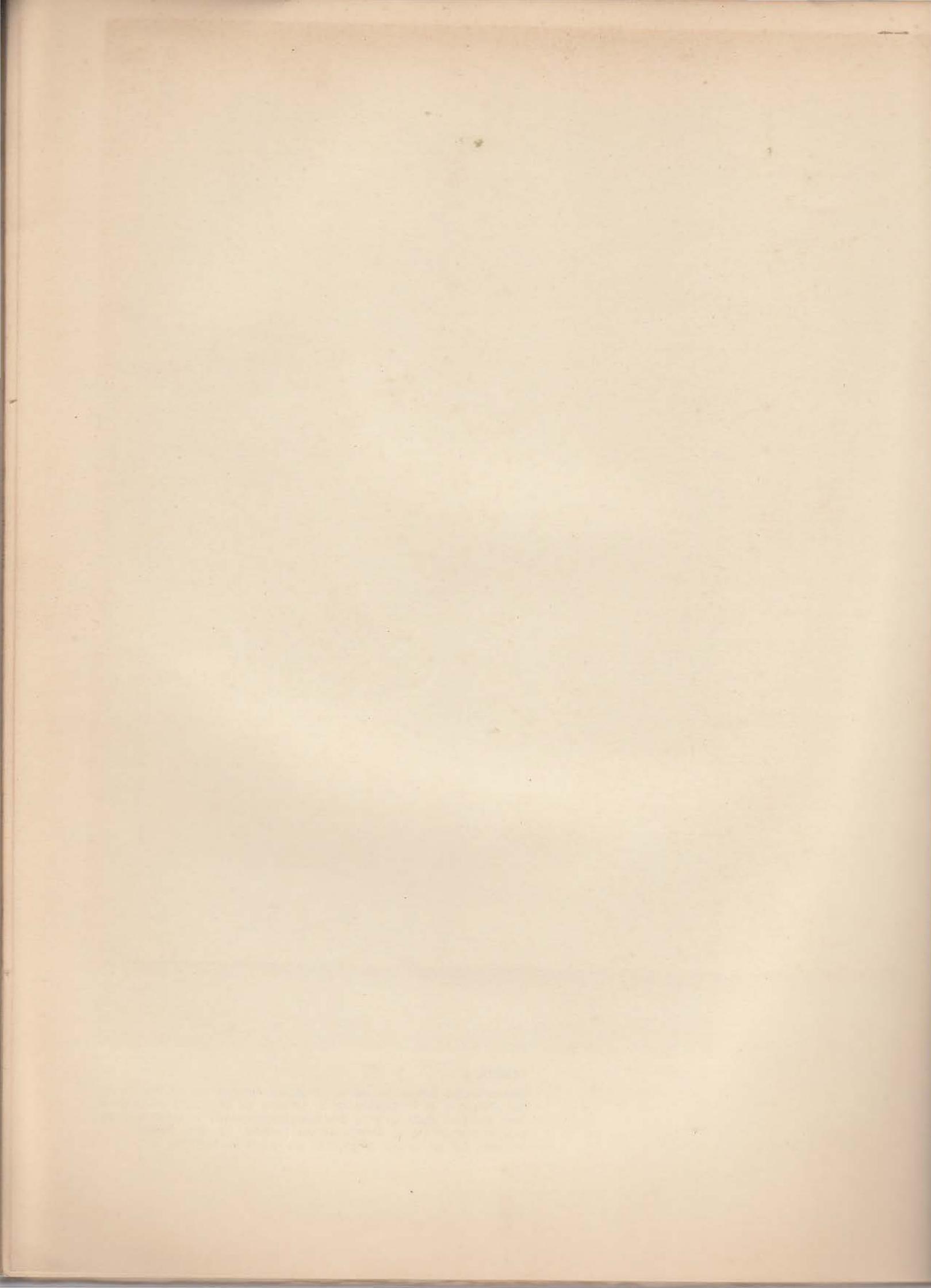
facsimilar aparece en estas páginas, conviene consignarlo al finalizar estos apuntes informativos, provienen de dicha donación. Excepto uno, el que figura en la lámina VI, estos documentos se publican aquí por primera vez. La diagnosis de las piezas facsimilarmente reproducidas se encuentra al pie de las láminas respectivas.









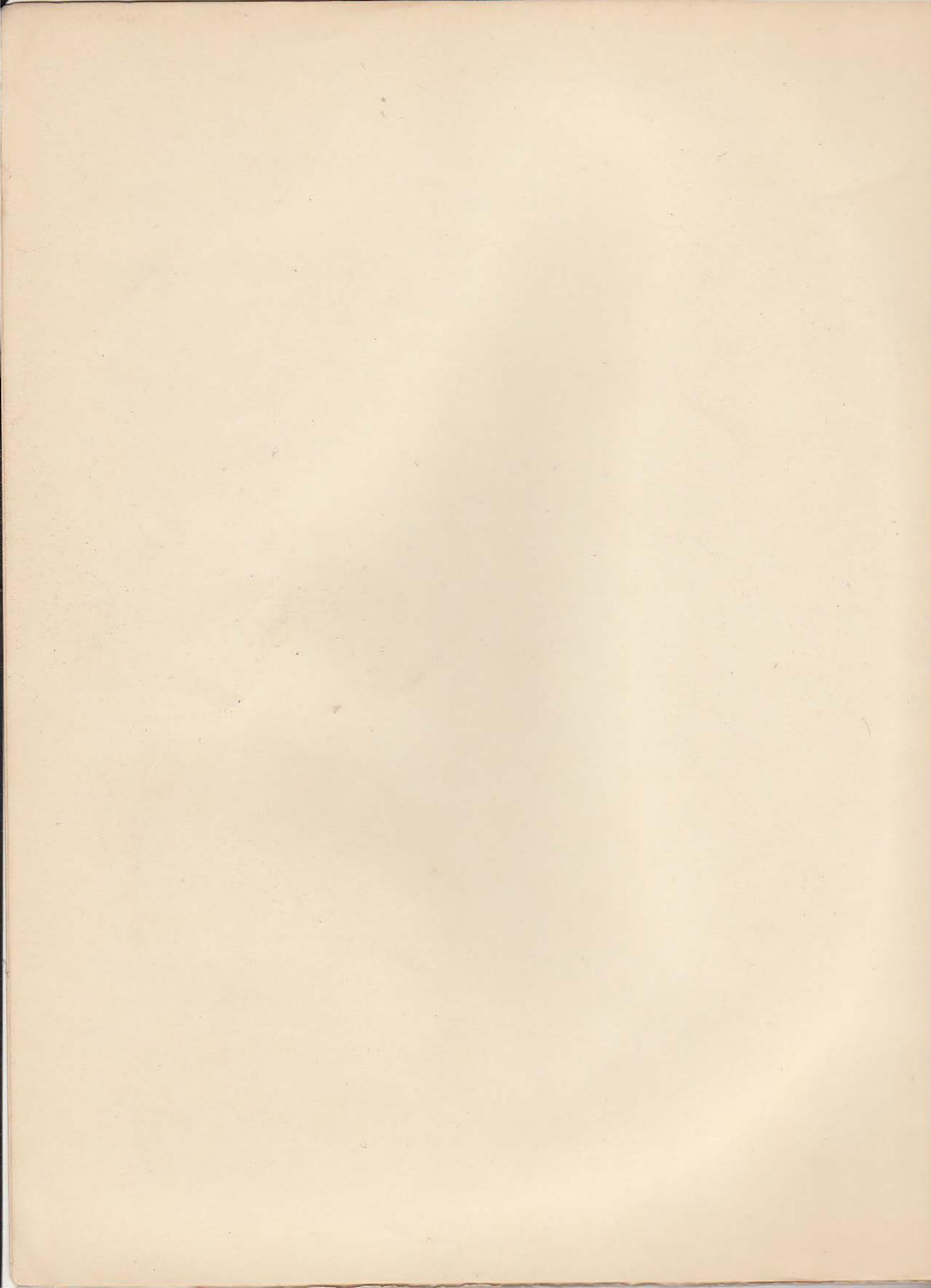


1913

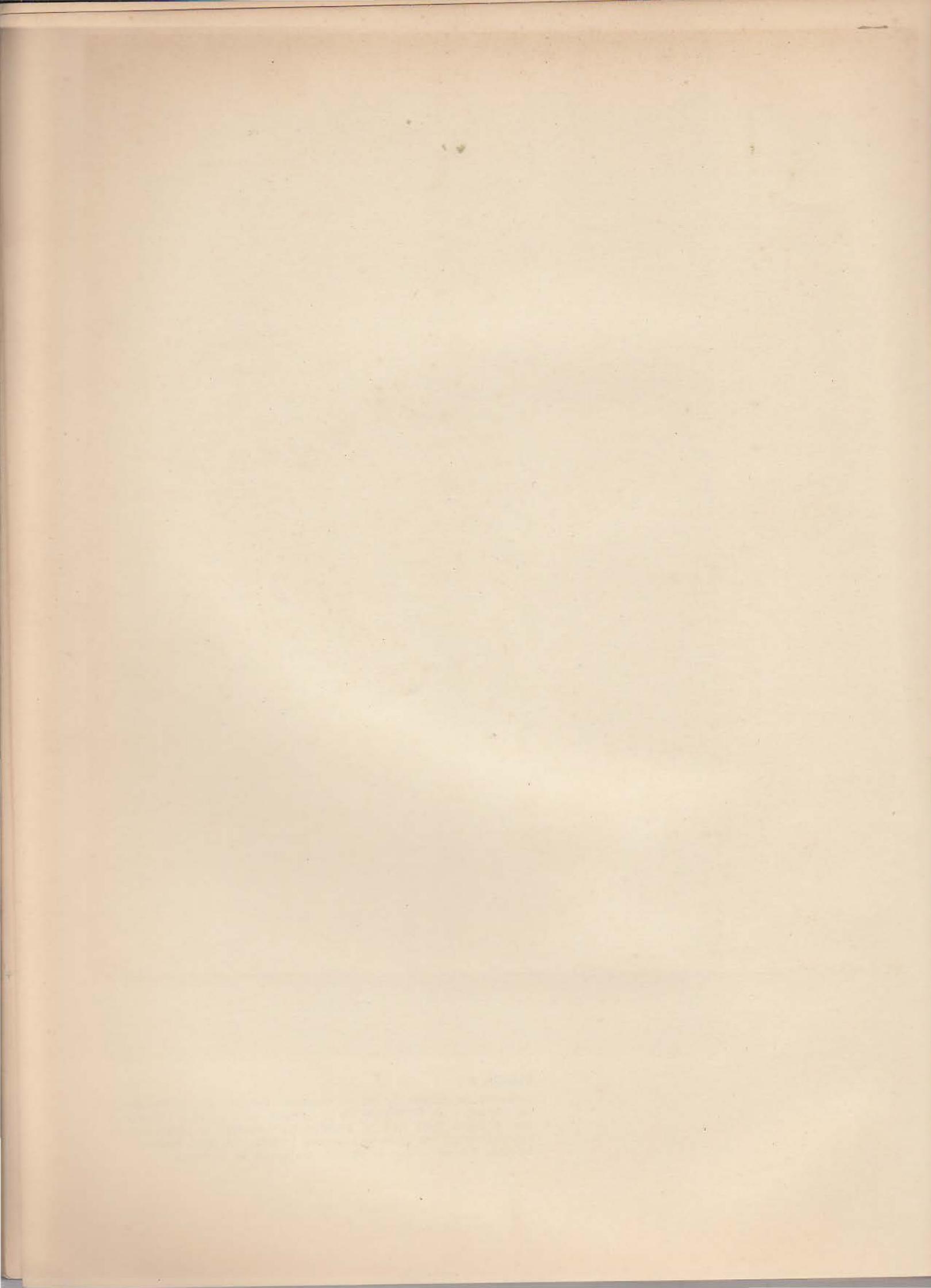
Si para dar expresión al sentimiento selectivo de un pueblo  
bastara tener absolutamente idéntico un su sentimiento de independencia  
y por lo tanto una palabra idéntica a una palabra para significar lo mismo  
si se comparan con el punto del V. en el V. en el V. en el V. en el V.  
conclusión. El punto en el punto en el punto en el punto en el punto.

LAMINA III

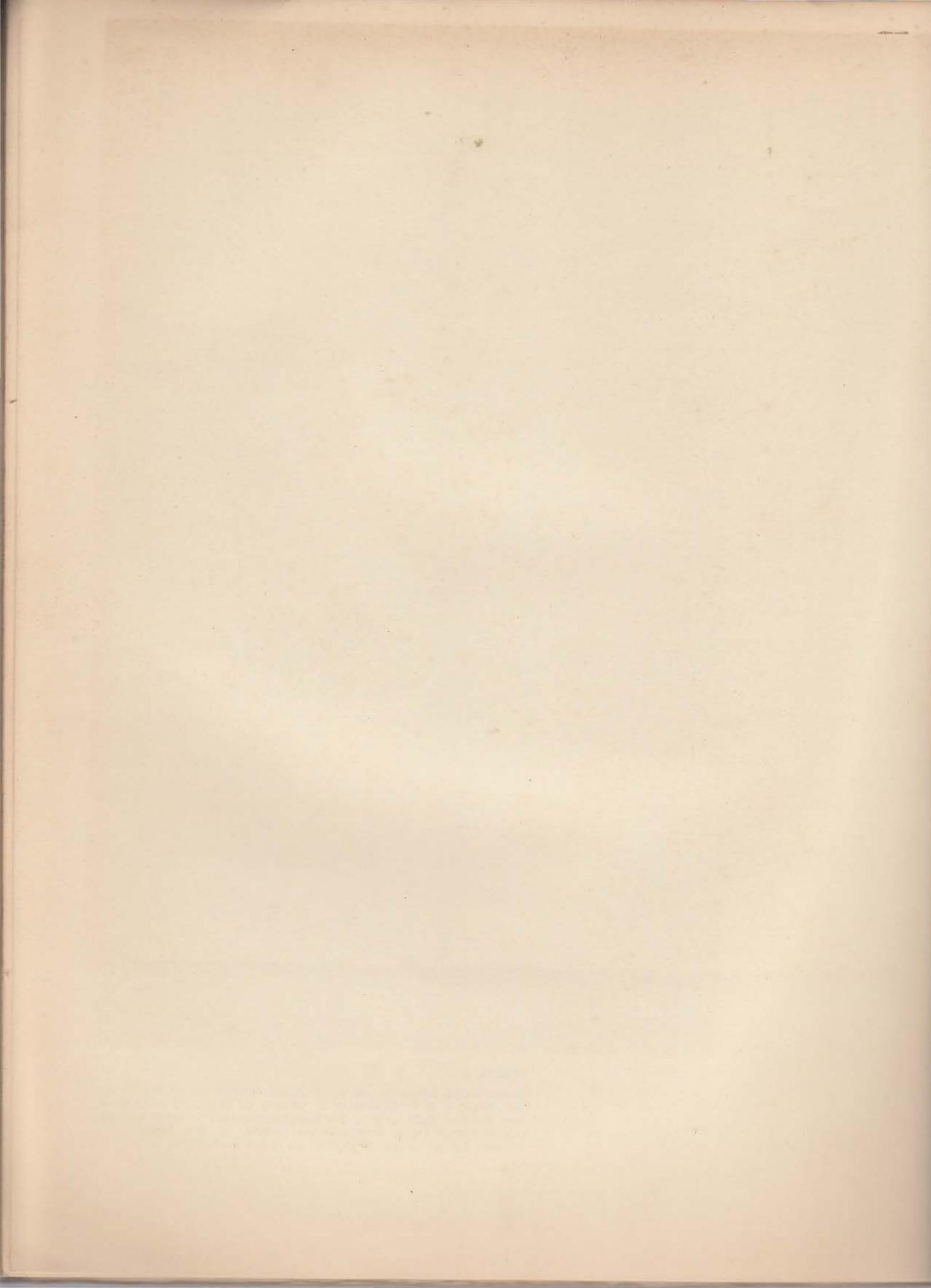
Un trozo de papel impreso en una de sus caras. Sin filigrana.  
Medidas: 64 x 200 mm. Interlineado: 9 mm. El manuscrito figura  
en el reverso. Apuntes que, modificados, constituyeron el párrafo  
que comienza: "Yo debiera ser aquí la voz de un pueblo".















36148  
\$ 1.00  
**CHILE**



**Guía de Bolsillo**

Editada especialmente para las festividades del

**Centenario Nacional**  
DEL 18 DE SETIEMBRE DE 1910



Mapas, Planos, Programa Oficial de las Fiestas



En pocas pájinas da idea cabal del pais i en  
especial de la ciudad de Santiago  
en todos los órdenes  
de su actividad

Imprenta Universitaria



Bandera 130

**LAMINA VIII**

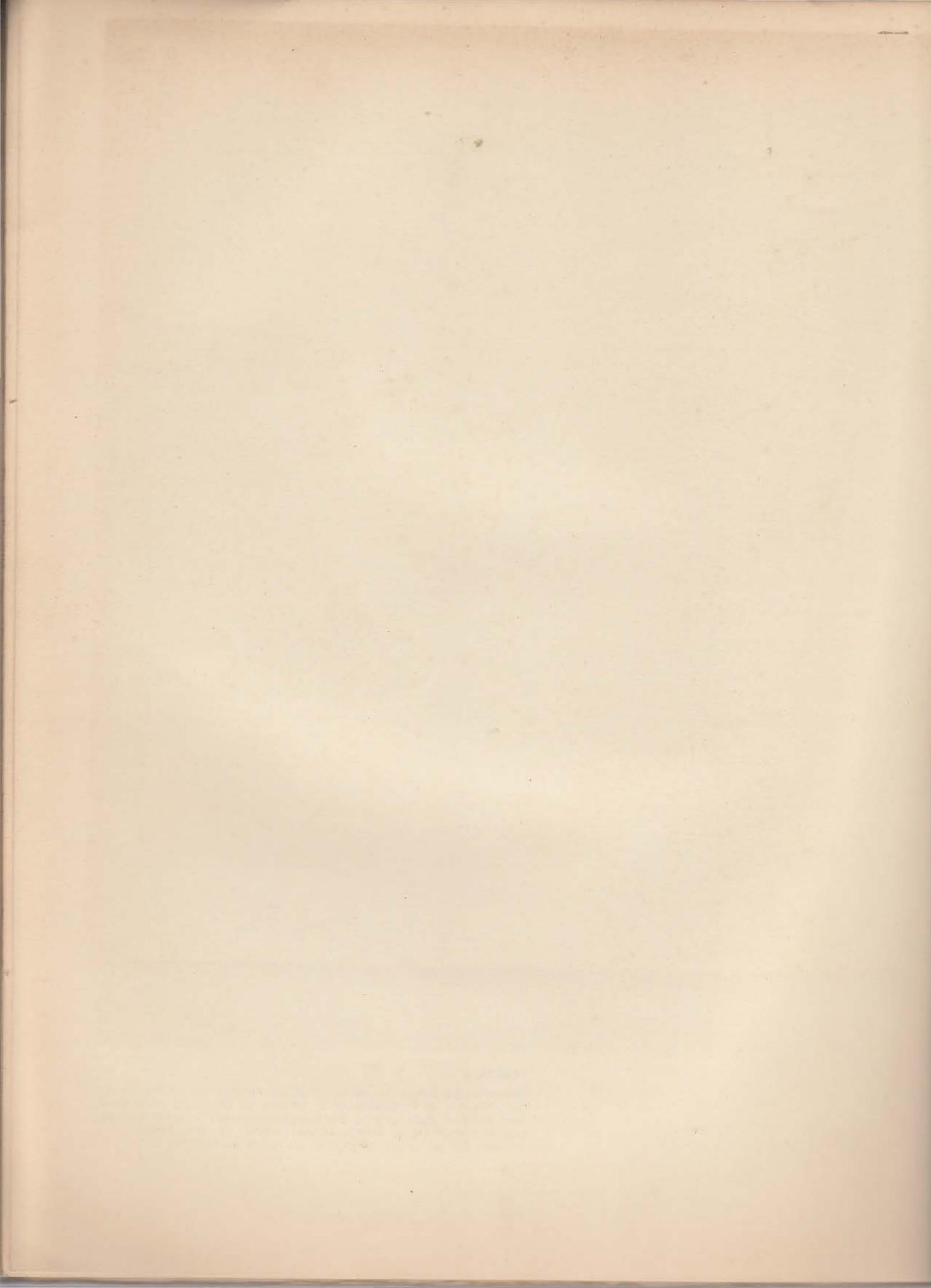
Portada de una guía turística utilizada por José Enrique Rodó para su viaje a Chile.





**LAMINA IX**

Portada de otra guía utilizada por José Enrique Rodó en su viaje a Chile.





Congreso Nacional de Chile

El Presidente del Senado y  
el Presidente de la Cámara de Diputados  
tienen la honra de invitar a U.S.  
a una Reunión Parlamentaria que  
se celebrará en conmemoración del  
Centenario de la Independencia.

Este acto se verificará el día  
17 del actual a las 4 de la tarde en el  
Salón de Honor del Congreso Nacional.

Santiago, 12 de Setiembre de 1910.

Entrada por la calle  
de Catedral.

M. Señor Enrique Rodó

LAMINA X

Reproducción facsimilar de la invitación cursada por el Presidente del Senado y el Presidente de la Cámara de Diputados chilenos a José Enrique Rodó para la Reunión Parlamentaria a celebrarse en conmemoración de la Independencia Chilena. En esta Sesión Solemne fue en la que el escritor pronunció su discurso.



TELEGRAFOS DEL ESTADO

Nº 1683/46/144  
Presencia 65  
Fecha 17 de set  
Hora 11 a



Clase 149  
Agencia 16  
Transmisión Fax  
Recibido por Roca  
C. 8. 36 f

Monterideo 17 de set 10

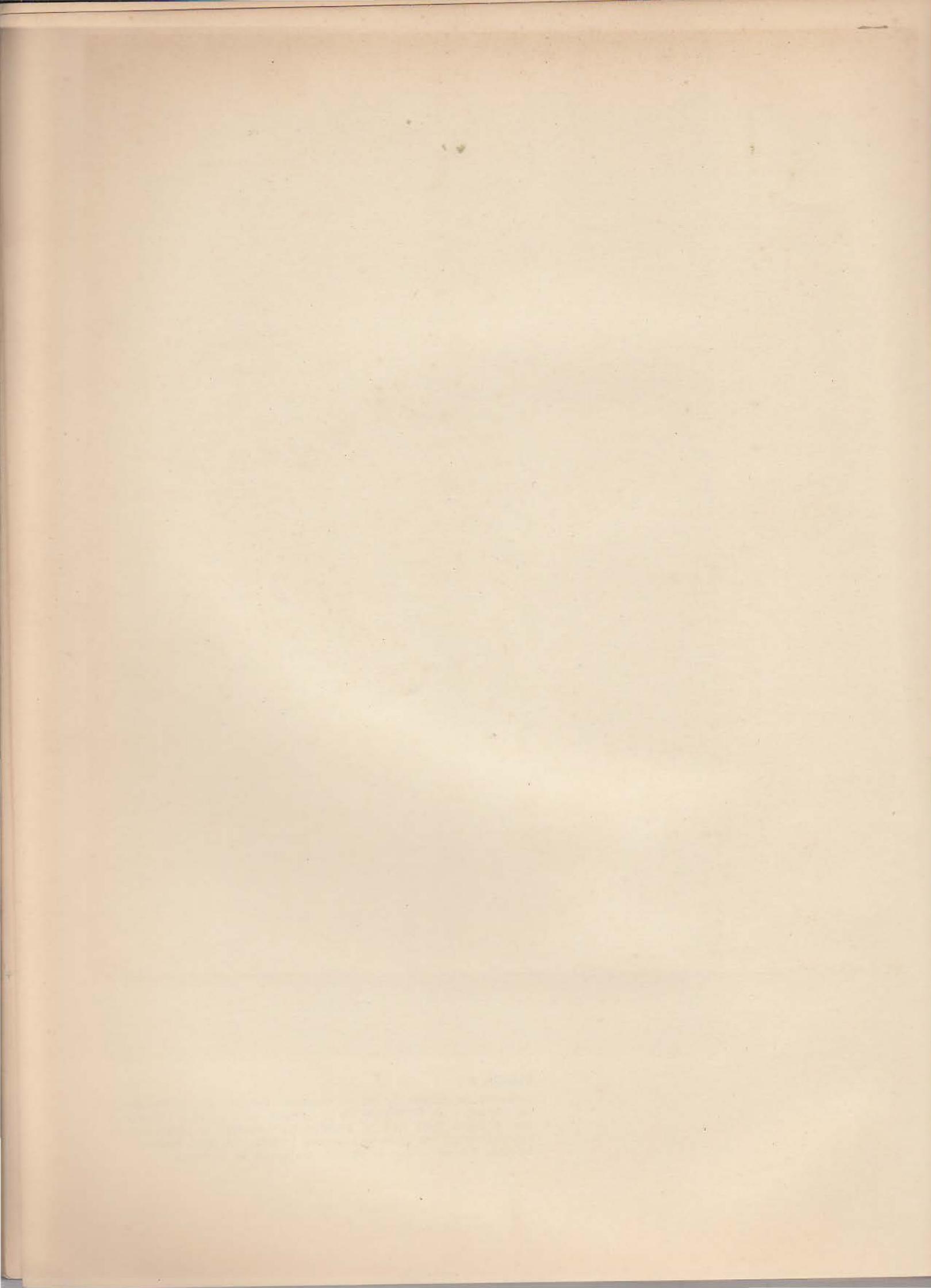
Se Enrique Rodo

Santiago

|            |           |                 |
|------------|-----------|-----------------|
| En         | nombre    | Excelentísimo   |
| presidente | de        | la              |
| república  | agradezco | y               |
| retribuyo  | sus       | saludos         |
| y          | enviados  | congratulations |
| por        | afectuosa | recepcion       |
| que        | les       | han             |
| hecho      | el        | gobierno        |
| y          | pueblo    | de              |
| chile      | y         | a               |

LAMINA XI

Reproducción facsimilar del telegrama (hoja 1) cursado a la Delegación Uruguaya en Chile por el Ministro de Relaciones Exteriores del Uruguay, señor don Emilio Barbaroux.



[29055]

REPÚBLICA DE CHILE

1883

# TELEGRAFOS DEL ESTADO

No. \_\_\_\_\_  
 Fecha de \_\_\_\_\_  
 Hora \_\_\_\_\_  
 Indicaciones especiales \_\_\_\_\_



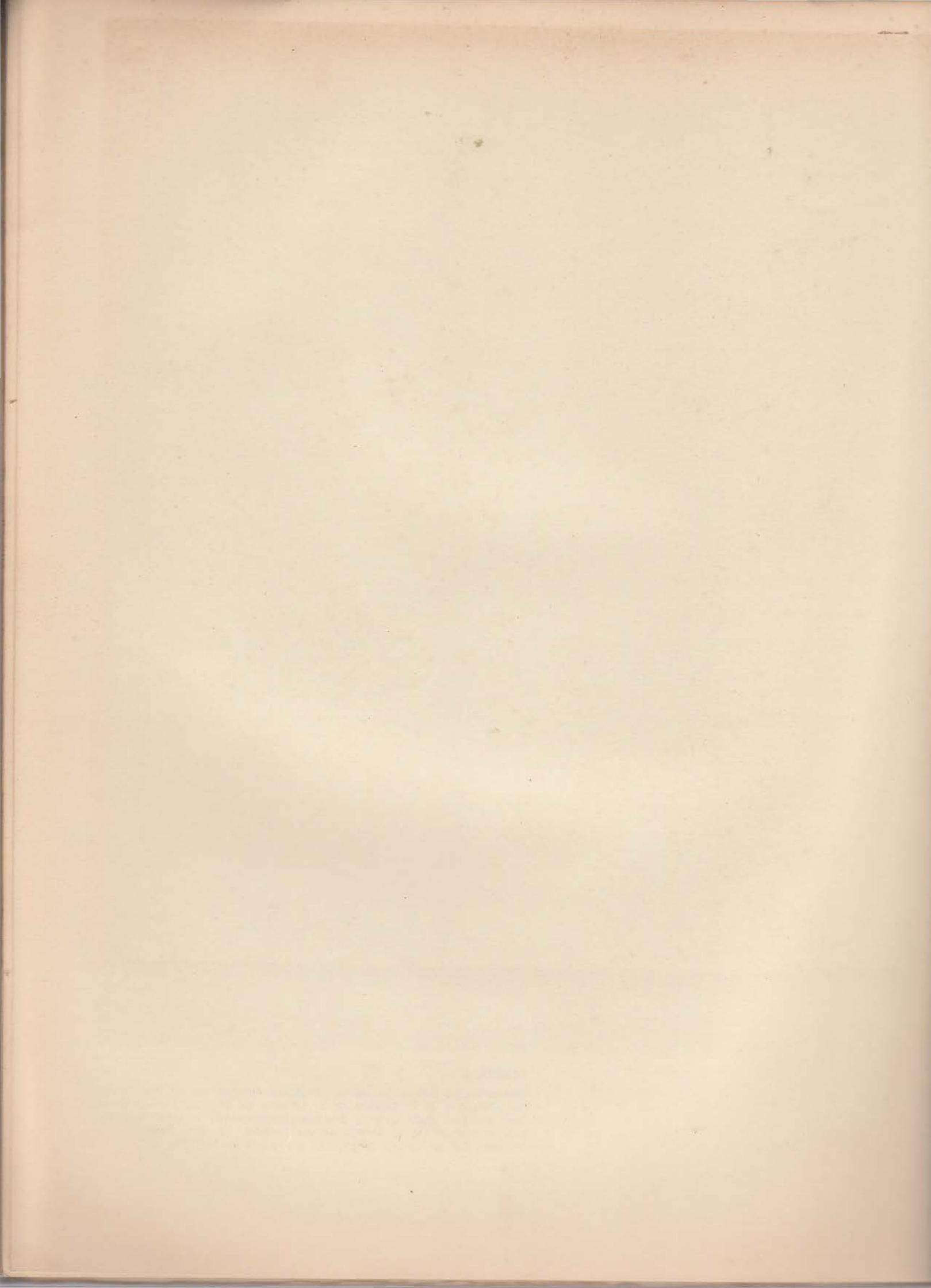
*L*

Envío \_\_\_\_\_  
 Apuntado \_\_\_\_\_  
 Transmisión \_\_\_\_\_  
 Recibido por \_\_\_\_\_ de \_\_\_\_\_  
 a las \_\_\_\_\_ y \_\_\_\_\_ de \_\_\_\_\_

la                                      cual                                      este  
 gobierno                              queda                                      altamente  
 reconocido

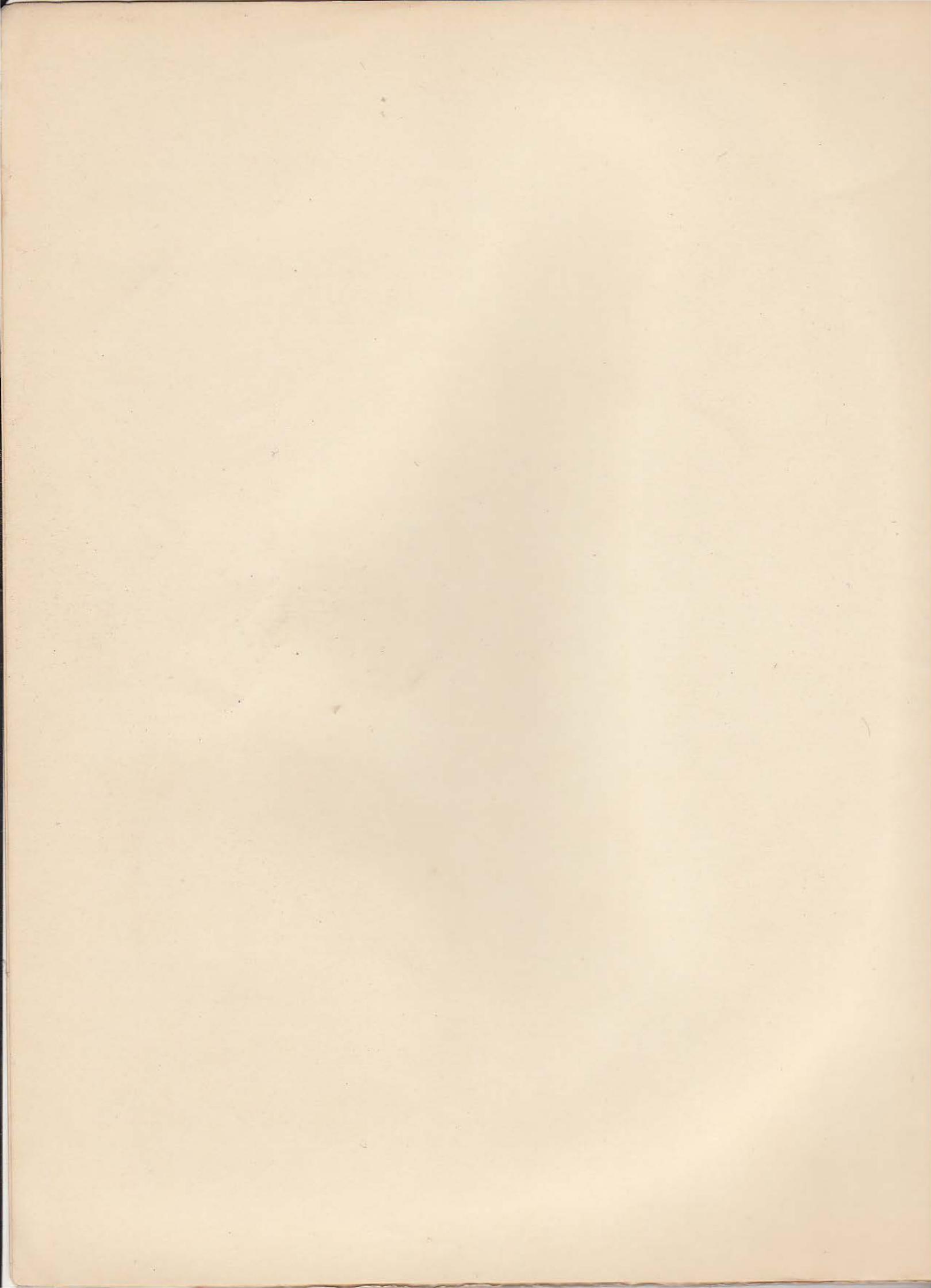
Emilio Barbaroux

**LAMINA XII**  
 Reproducción facsimilar del telegrama (hoja 2) cursado a la Delegación Uruguaya en Chile por el Ministro de Relaciones Exteriores del Uruguay, señor don Emilio Barbaroux.





Rodó en las cumbres, en su viaje a Chile como delegado del Uruguay ante las fiestas del Centenario de la Independencia de aquel país. Rodó en el centro. A sus lados, el Coronel Jaime F. Bravo y el Dr. Juan Zorrilla de San Martín.



## EL CENTENARIO DE CHILE

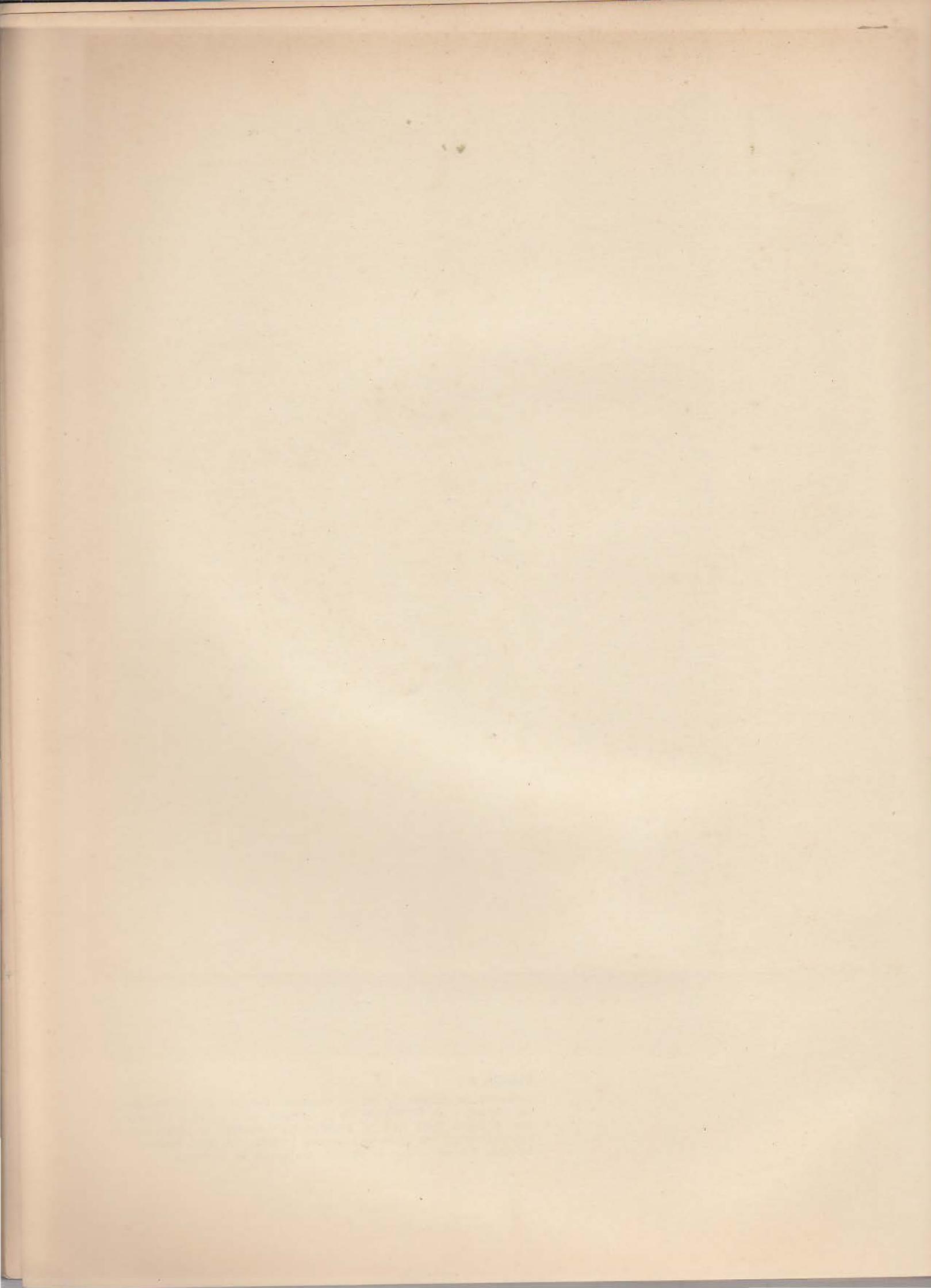
DISCURSO PRONUNCIADO, EN REPRESENTACIÓN DEL URUGUAY,  
EN LA SESIÓN SOLEMNE CELEBRADA POR EL CONGRESO CHI-  
LENO, DURANTE LAS FIESTAS DEL CENTENARIO, EL 17 DE  
SEPTIEMBRE DE 1910.

Señores:

La solemnidad de esta ocasión, la dignidad de esta tribuna, la calidad de este auditorio, hacen que nunca, como en este instante, haya deplorado que, en vez de tener el hábito de fijar mi pensamiento en los signos fríos e inapimados de la forma escrita, no tenga la vocación ni la aptitud de expresarlo en esa otra forma que brota, cálida y sonora, de los labios, como emanación directa del espíritu, y conducida por las ondas del aire, llega á lo más íntimo de los corazones para enlazarlos en un acorde unísono de simpatía.

Yo debiera ser aquí la voz de un pueblo. Yo debiera ser capaz de infundirla y contenerla en mi palabra, para transmitir toda la intensidad de la emoción con que mi pueblo participa de los entusiasmos de este centenario: por lo que este centenario tiene de americano, y por lo que tiene de chileno.

Por lo que tiene de americano: permitidme que conceda preeminencia á este carácter sobre el otro. Más arriba del centenario de Chile, del de la Argentina, del de Méjico, yo siento y percibo el centenario



# EL CENTENARIO DE CHILE

*Discurso pronunciado, en representación del Uruguay, en la sesión solemne celebrada por el Congreso chileno, durante las fiestas del Centenario, el 17 de Setiembre de 1910*

Señores:

La solemnidad de esta ocasión, la dignidad de esta tribuna, la calidad de este auditorio, hacen que nunca, como en este instante, haya deplorado que, en vez de tener el hábito de fijar mi pensamiento en los signos fríos e inanimados de la forma escrita, no tenga la vocación ni la aptitud de expresarlo en esa otra forma que brota, cálida y sonora, de los labios como emanación directa del espíritu, y conducida por las ondas del aire, llega a lo más íntimo de los corazones para enlazarlos en un acorde unísono de simpatía.

Yo debiera ser aquí la voz de un pueblo.

Yo debiera ser capaz de infundirla y contenerla en mi palabra, para transmitir toda la intensidad de la emoción con que mi pueblo participa de los entusiasmos de este centenario: por lo que este centenario tiene de americano, y por lo que tiene de chileno.

Por lo que tiene de americano: permitidme que conceda preeminencia a este carácter sobre el otro. Más arriba del centenario de Chile, del de la Argentina, del de México, yo siento y percibo el centenario de la América Española. En espíritu y verdad de la historia,



hay un solo centenario hispanoamericano; porque en espíritu y verdad de la historia, hay una sola revolución hispanoamericana.

Y la unidad de esta revolución consiste, no sólo en la armonía de los acontecimientos y los hombres que concurrieron a realizarla y propagarla por la extensión de un mundo, sino, principalmente, en que el destino histórico de esa revolución no fue alumbrar un conjunto inorgánico de naciones, que pudieran permanecer separadas por estrechos conceptos de la nacionalidad y de la patria, sino traer a la faz de la tierra una perenne armonía de pueblos vinculados por la comunidad del origen, de la tradición, del idioma, de las costumbres, de las instituciones; por la contigüidad geográfica, y por todo cuanto puede servir de fundamento a la unidad de una conciencia colectiva.

Estos son, pues, en América, los días del magno centenario, que, único y múltiple, ha de prolongarse por más de dos decenios, evocando, hora tras hora, en cada pueblo americano, los recuerdos de la independencia y la organización: aquél género de memorias que quedan, para siempre, como las más altas y sagradas, en la historia de las naciones.

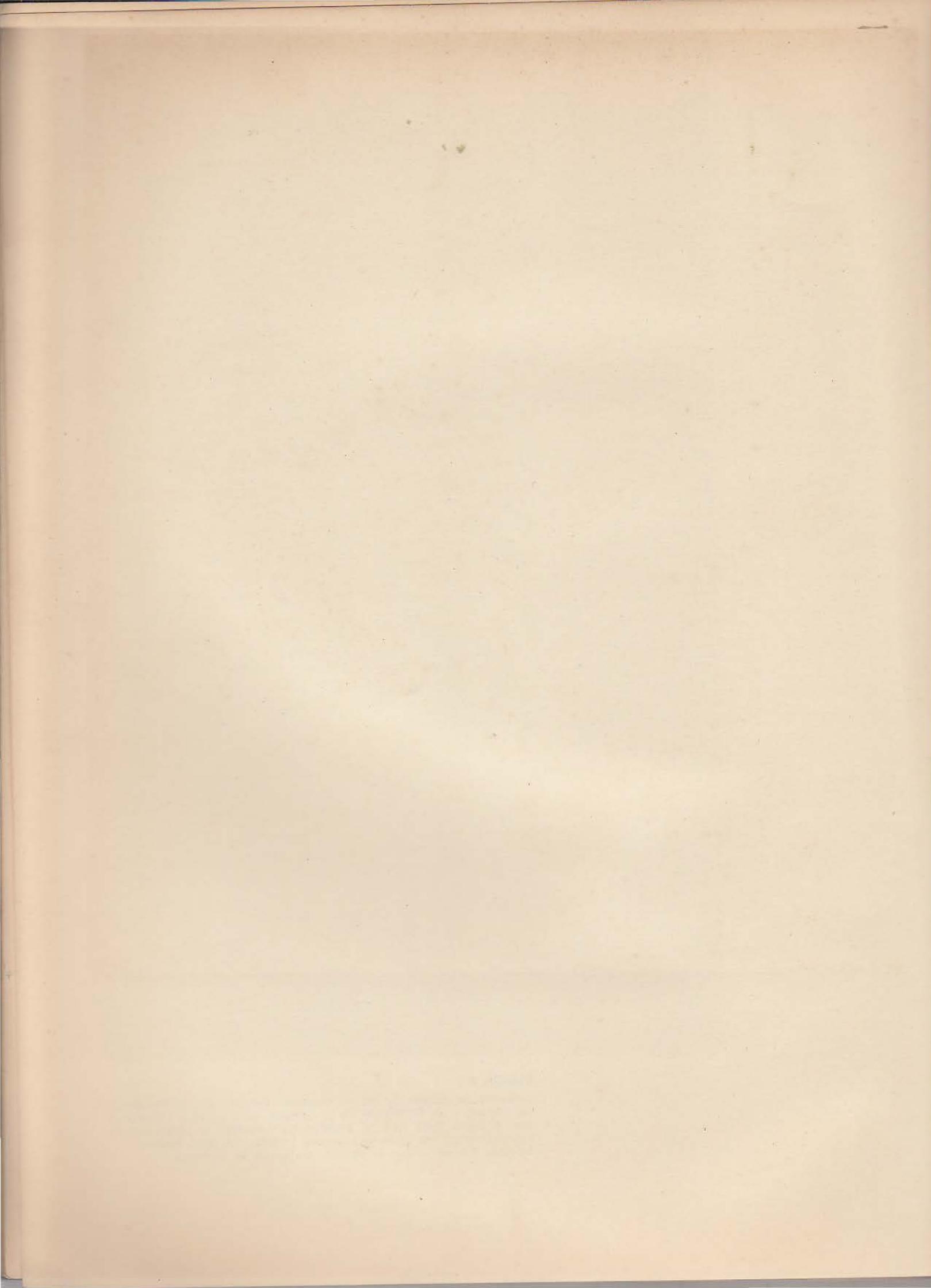
Diríase que un concurso imponente nos mira y atiende, incorporándose desde el pasado: el concurso de las generaciones que crearon, para el porvenir eterno, la América libre.



Y en tamaña ocasión, las generaciones del presente pueden hacer, ante ese heroico pasado redivivo, dos afirmaciones que las satisfagan y conforten.

Testimonio de la primera de ellas son lo universal y lo solemne de las adhesiones internacionales que el centenario americano provoca: hoy en Chile, ayer en la Argentina; y consiste esa afirmación en decir que esta América Española, tan discutida, tan negada, tan calumniada por la ignorancia y el orgullo ajenos, y aun por el escepticismo de sus propios hijos, empieza a existir para la conciencia universal; empieza a atraer a sí la atención y el interés del mundo: no todavía por el brillo y la espontaneidad de su cultura, ni por el peso de su influencia política en la sociedad de las naciones; pero sí ya por la virtualidad y la realidad de su riqueza, por el brío y la pujanza de su desenvolvimiento material, lo que no constituye, ciertamente, un término definitivo de civilización, pero es, cuando menos, el sólido cimiento, y como la raíz tosca y robusta, en la formación de pueblos que algún día han de ser grandes por el espíritu.

Mucho tiempo después de emancipados, el mundo nos desconocía, o, conociéndonos mal y desdeñando conocernos mejor, dudaba de nosotros. Quizá, alguna vez, amargados por la aparente esterilidad de tantos esfuerzos angustiosos y tantos sacrificios oscuros, dudábamos de nosotros mismos; y

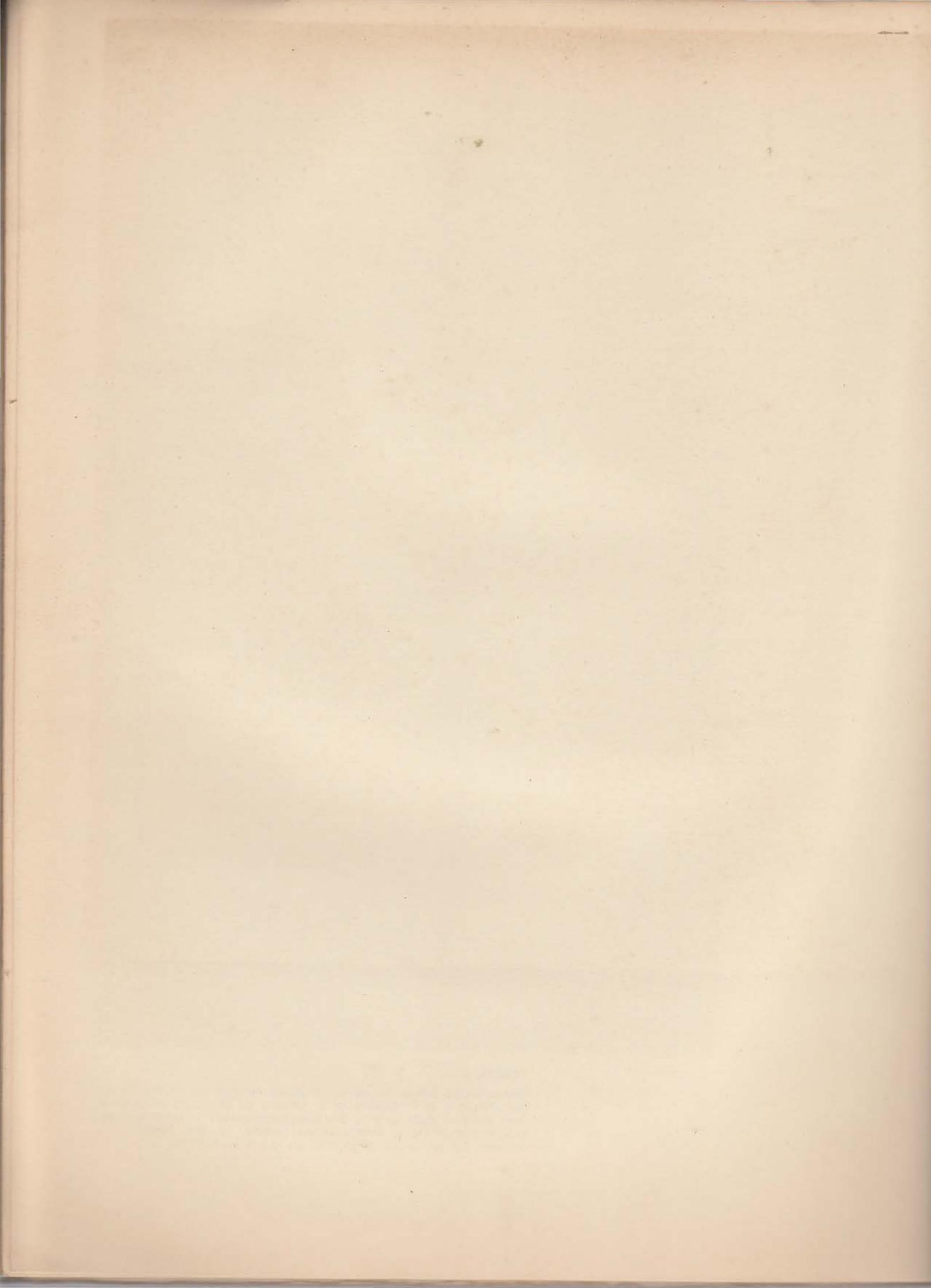


esta duda cruel no perdonó, en el Gethsemaní de Santa Marta, al alma lacerada del Libertador. Pues bien: hemos domeñado a la duda. Hoy nuestra esperanza en el inmediato porvenir es firme y altiva, y la fe del mundo empieza a recompensarla y confirmarla. Éramos, hasta ayer, poco más que un nombre geográfico: empezamos a ser una fuerza. Éramos una promesa temeraria: empezamos a ser una realidad.

Otra alentadora afirmación permite hacer la manera como este primer siglo concluye.

Y es que los pueblos hispanoamericanos comienzan a tener conciencia, clara y firme, de la unidad de sus destinos; de la inquebrantable solidaridad que radica en lo fundamental de su pasado y se extiende a lo infinito de su porvenir. Augusto Comte expresaba su profunda fe en la futura conciencia de la solidaridad humana, diciendo que la humanidad, como ser colectivo, no existe aún, pero existirá algún día. Digamos nosotros que América, la nuestra, la de nuestra raza, principia a ser, — como persona colectiva consciente de su identidad. Congresos que se reúnen, vías férreas que se tienden de nación a nación, litigios internacionales que se resuelven, vínculos intelectuales que se estrechan: todo concurre a esa manifestación de una plena conciencia americana.

Yo creí siempre que en la América nuestra no era posible hablar de muchas patrias,



sino de una patria grande y única; yo creí siempre que si es alta la idea de la patria, expresión de todo lo que hay de más hondo en la sensibilidad del hombre: amor de la tierra, poesía del recuerdo, arrobamientos de gloria, esperanzas de inmortalidad, en América, más que en ninguna otra parte, cabe, sin desnaturalizar esa idea, magnificarla, dilatarla; depurarla de lo que tiene de estrecho y negativo, y sublimarla por la propia virtud de lo que encierra de afirmativo y de fecundo: cabe levantar, sobre la patria nacional, la patria americana, y acelerar el día en que los niños de hoy, los hombres del futuro, preguntados cuál es el nombre de su patria, no contesten con el nombre del Brasil, ni con el nombre de Chile, ni con el nombre de México, porque contesten con el nombre de América.

Toda política internacional americana que no se oriente en dirección a ese porvenir y no se ajuste a la preparación de esa armonía, será una política vana o descarriada.

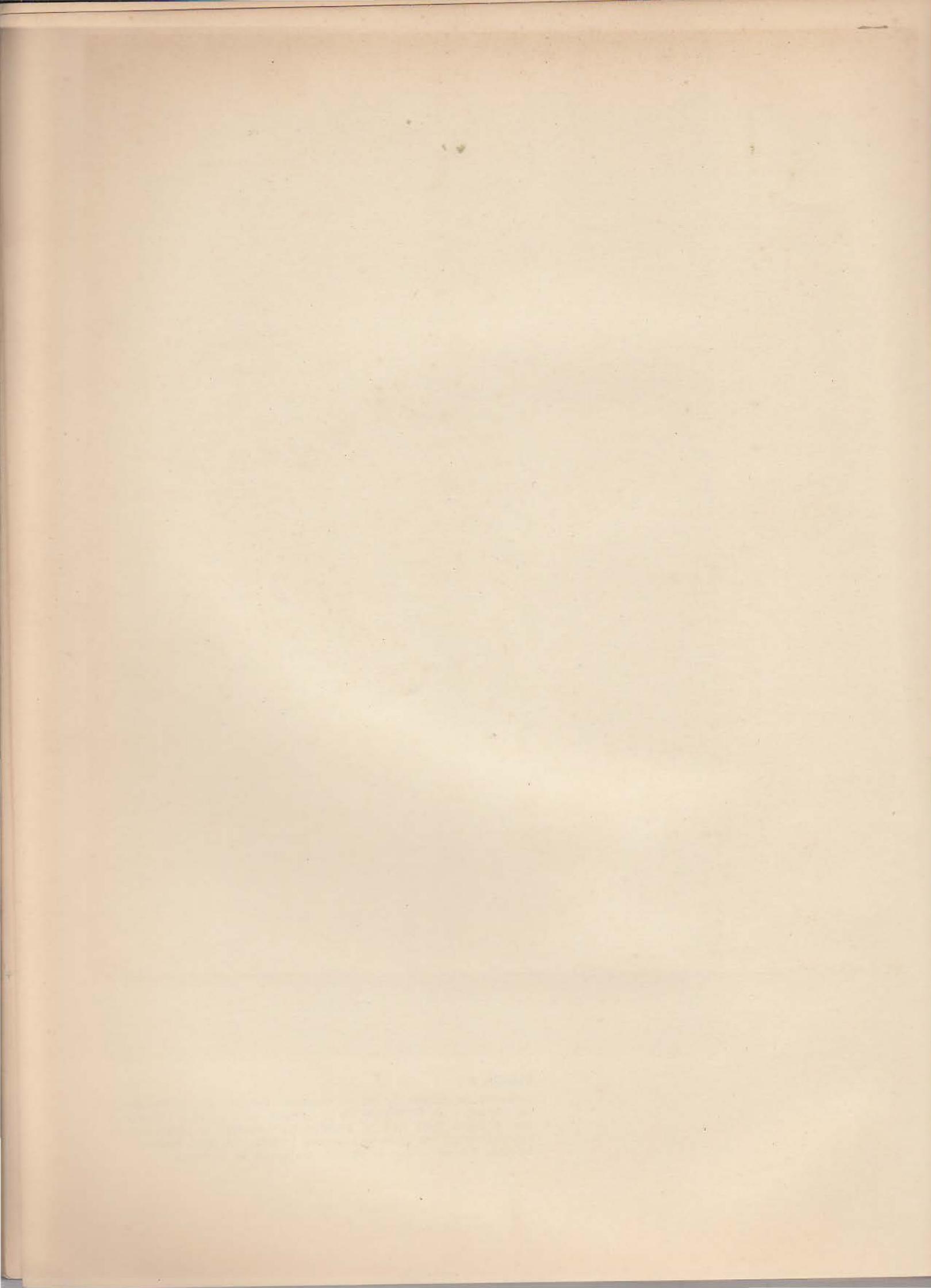
Renuevo aquí lo que dije en ocasión reciente: cuando América surgió a la vida de la historia, no fue sólo una nueva entidad geográfica lo que apareció a la faz del mundo. Debemos pensar que surgieron con ella un nuevo espíritu, un nuevo ideal: el espíritu, el ideal del porvenir. La Europa civilizadora, que nos ha adoctrinado, que nos ha amamantado en sus ideas de libertad y de justicia, fruto de su experiencia y de su genio, tiene el derecho de esperar que



nosotros, aliviados de la carga abrumadora de la tradición, hagamos algo más que repetirlas: tiene el derecho de esperar que las encarnemos en la realidad, o por lo menos, que tendamos enérgicamente a realizarlas. Si esta originalidad no cupiese en nuestra civilización: si nada hubiéramos de agregar, en el orden real de la vida, a lo imitado y heredado, ¿qué significaría, en definitiva, la revolución de 1810, sino una convulsión superficial, indigna de tales glorificaciones? ¿Qué sería esto sino seguir siendo colonias por el espíritu, después de haberlo dejado de ser en la realidad política? . . .

Los que consideran milagro irrealizable que los pueblos se relacionen alguna vez según otras normas que las de la tradición internacional fundada en el dolo y en la fuerza, y que sea en América donde ello se logre, olvidan que un milagro mayor está, vivo y tangible, en el hecho de este centenario.

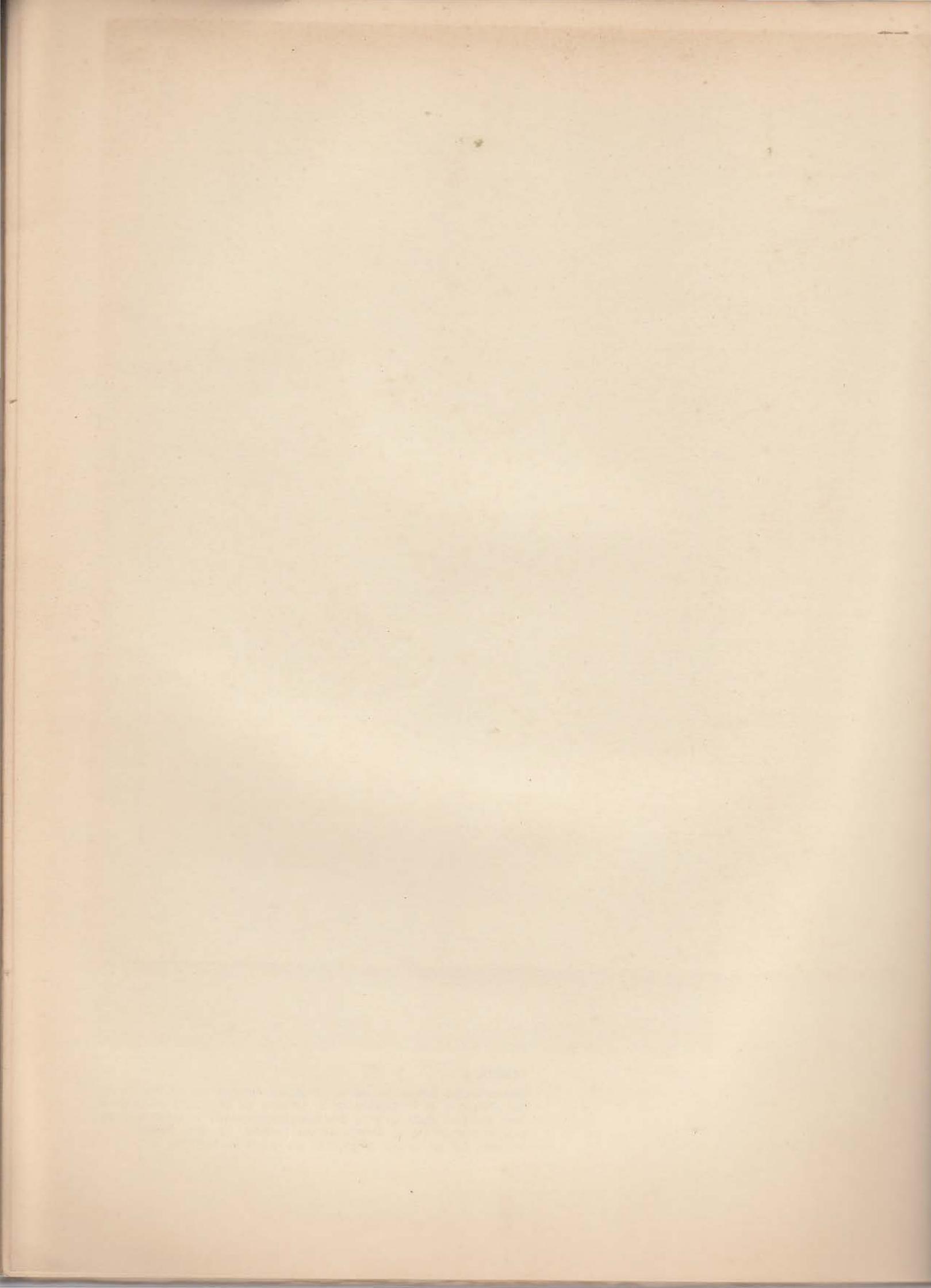
Si hace poco más de un siglo, es decir, si antes de la emancipación americana y de la Revolución francesa, se hubiera asegurado que la democracia y la república, como formas permanentes de organización social y política, no sólo se realizarían en naciones poderosas y grandes, sino que se extenderían por todo un continente, y que este prodigio surgiría de las oscuras colonias europeas, sumergidas entonces en el sueño soporoso de la primera infancia, la afirmación hubiera parecido a los más risible paradoja. Pues



bien: cuando la virtualidad de las ideas y la energía de razas jóvenes y fuertes han tenido eficacia para transfigurar colonias oscuras en naciones dueñas de sí mismas, y para implantar, del uno al otro extremo de un continente, las formas avanzadas de organización y de gobierno que, hace poco más de un siglo, parecían al sentido común de los hombres vanas utopías ¿por qué dudar de que esa misma virtualidad de las ideas y esa misma energía de razas jóvenes y fuertes, alcancen en América a realizar, en la vida internacional, lo que los escépticos de hoy tienen por sueños y quimeras opuestos a leyes fatales de la historia: una magnificación de la idea de la patria; un porvenir de paz y de amor entre los pueblos; una armonía internacional fundada en el acuerdo de los intereses de todos por el respeto leal de los derechos de cada uno?

Ésta es, en mí, la más intensa sugestión del centenario americano. Pero hay en los recuerdos que glorificáis, junto al carácter continental, el nacional; junto a lo que es gloria de América, lo que es gloria de Chile; y si lo primero me ha dado pie para afirmar la unidad hispanoamericana, la comunidad de nuestras tradiciones y nuestros destinos, esto otro me impone la grata obligación de decir de la labor nacional de vuestro pueblo lo que, sin mengua de la justicia, no podría callarse en ocasión como ésta.

Celebráis vuestro centenario con algo más que con el orgullo de los recuerdos heroicos



de que procede vuestro ser de nación:  
lo celebráis con el orgullo de haber realizado,  
por la labor perseverante y eficaz, las  
promesas y las esperanzas de vuestro  
glorioso abuelo de héroes.

Anhelar la libertad es un instinto humano.

Tener la energía suficiente para conquistarla,  
es hermoso y grande, sin duda, pero es,  
todavía, una energía del instinto. Poseer el  
carácter necesario para mantenerla,  
arraigarla, justificarla como un bien  
merecido, y hacerla noble y fecunda, es lo  
difícil y lo verdaderamente superior. Hay la  
voluntad heroica, la voluntad que gana  
batallas, y es un atributo de todo pueblo  
digno de este nombre, y todos los pueblos de  
nuestra raza la tienen al par vuestro. Pero,  
hay otro género de voluntad, disciplinada,  
rítmica, paciente; hay un género de voluntad  
que es como la mano firme y segura de la  
razón: la voluntad que construye, que  
organiza, que educa, que siembra, que  
legisla, que gobierna. Éste es el género de  
voluntad con que se edifican naciones,  
y éste es el género de voluntad en que os  
reconocemos preferentemente maestros.

Mediante él, llegásteis a constituir, con  
anterioridad a los demás pueblos  
hispanoamericanos, una nación de orden,  
un organismo de nación. Durante mucho  
tiempo, en América, en medio de las  
turbulencias de nuestro duro aprendizaje  
de la libertad, cuando la severidad del juicio  
extraño, o la inquietud de la propia



conciencia, nos tentaban al desaliento sobre los resultados de nuestros esfuerzos y la madurez de nuestros destinos, el ejemplo que primero acudía a nuestra mente, queriendo afirmar la aptitud de nuestra raza para la vida de las instituciones regulares, era el ejemplo de Chile.

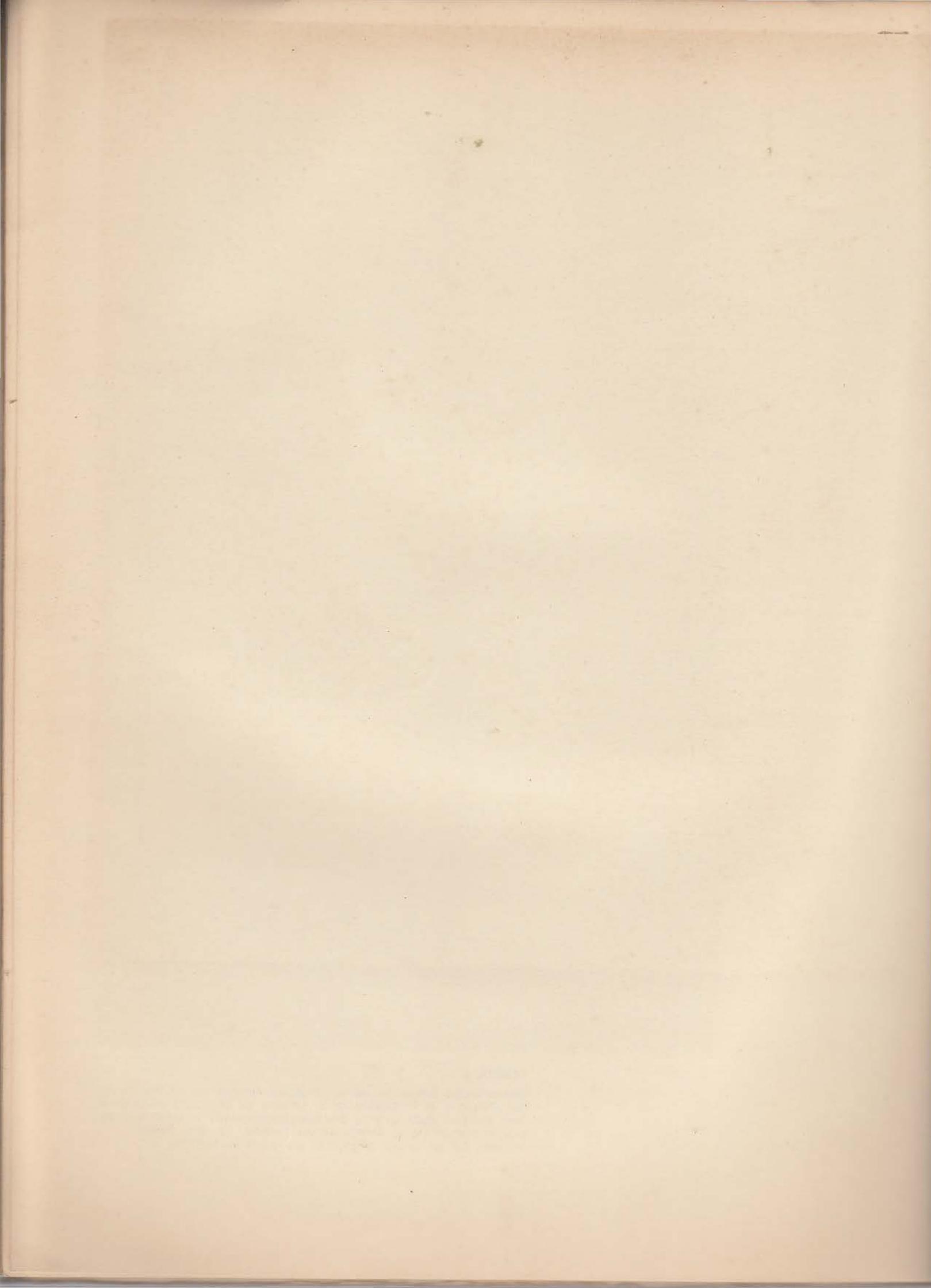
Ninguna ocasión mejor que ésta para recordar y agradecer ese ejemplo. Vuestra historia es una gran lección de energía y de trabajo. Vuestro desenvolvimiento nacional tiene la ascensión graduada y armoniosa de una amplia curva arquitectónica; la serena firmeza de una marcha de trabajadores en la quietud solemne de la tarde. Diríase que habéis sabido transportar a los rasgos de vuestra fisonomía moral ese mismo carácter de vuestra austera y varonil grandeza que el viajero siente imponerse a su ánimo, en la contemplación del aspecto y la estructura de vuestro suelo: férreamente engastado entre la majestad de la montaña y la majestad del mar; sellado por la expresión de la energía, más que por la expresión de la abundancia, de la voluptuosidad o de la gracia.

Señores:

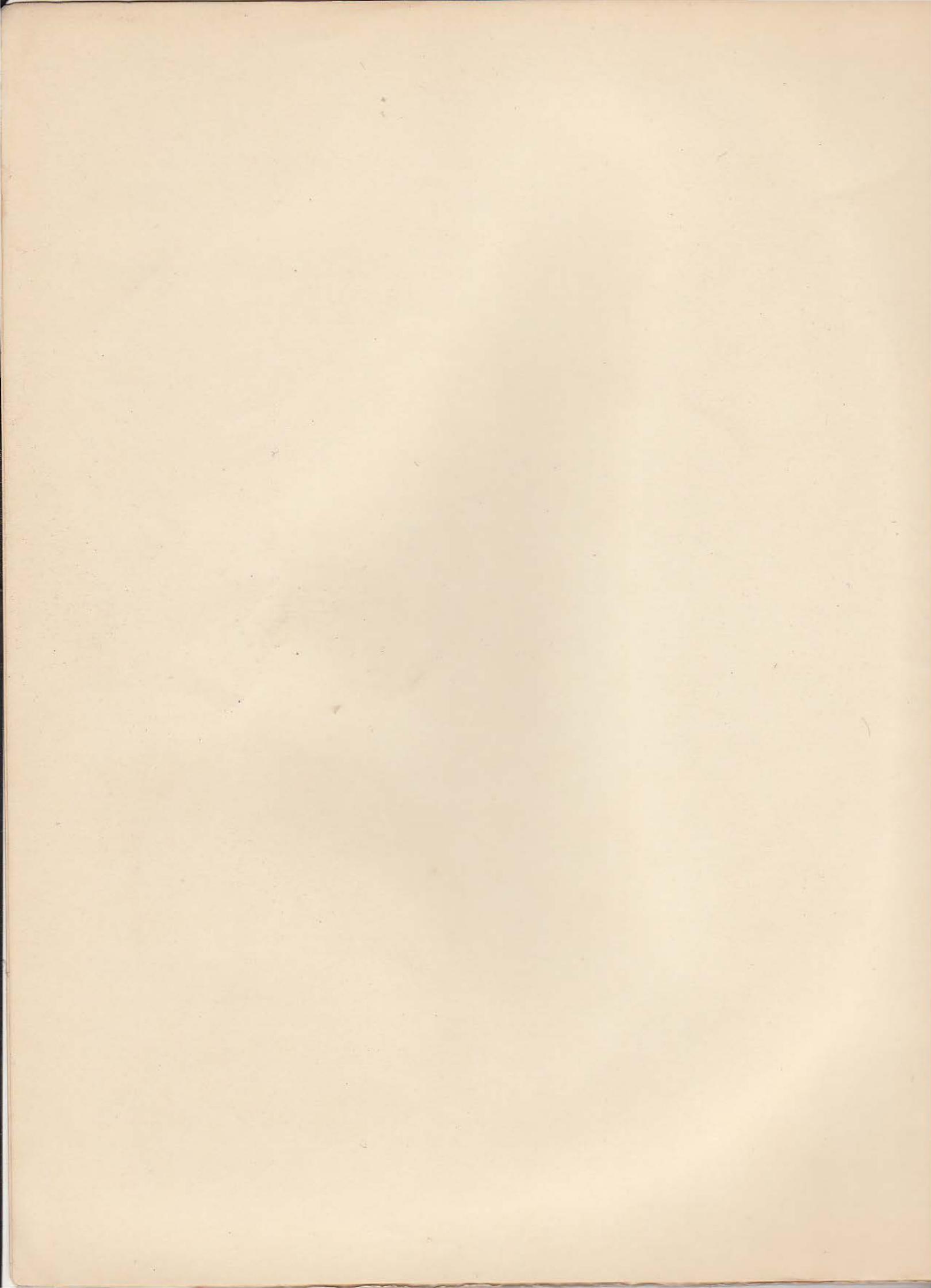
Interpretando el sentimiento de mi pueblo, yo, antes de descender de esta tribuna, os dejo aquí mis votos por que la estrella de Chile se levante en cielos cada vez más serenos; por que su resplandor ilumine glorias cada vez más puras, leyes cada vez



más sabias, cosechas cada vez más opimas,  
generaciones cada vez más fuertes, más  
libres y más dichosas; y por que, concertando  
su luz la estrella de Chile con las demás de  
la constelación hispanoamericana, dentro  
de la armonía perenne que reposa en el  
amor y la justicia, mantengan entre todas,  
para la humanidad de los futuros tiempos,  
un orden mejor, más bello, más grande, que  
los que el mundo ha visto formarse y  
disolverse en el desenvolvimiento de  
los siglos!



El prólogo de la presente edición de **El Centenario de Chile**, de José Enrique Rodó, fue escrito por el Sr. Ministro de Trabajo y Seguridad Social **Dr. José Enrique Etcheverry Stirling** y los **Testimonios Documentales** y la diagnosis de los manuscritos por el Director del Departamento de Investigaciones de la Biblioteca Nacional, **Académico Arturo Sergio Visca**. El cuidado de la edición estuvo a cargo de la **Sra. Alicia Casas de Barrán**, Encargada de las Publicaciones de la Biblioteca Nacional especialmente designada a tales efectos por el Director General **Prof. Adolfo Silva Delgado**.



1975 AÑO DE LA ORIENTALIDAD

DISEÑADO E IMPRESO EN LOS  
TALLERES GRAFICOS  
IMPRESORA URUGUAYA COLOMBINO S. A.  
JUNCAL 1511 — MONTEVIDEO — URUGUAY

